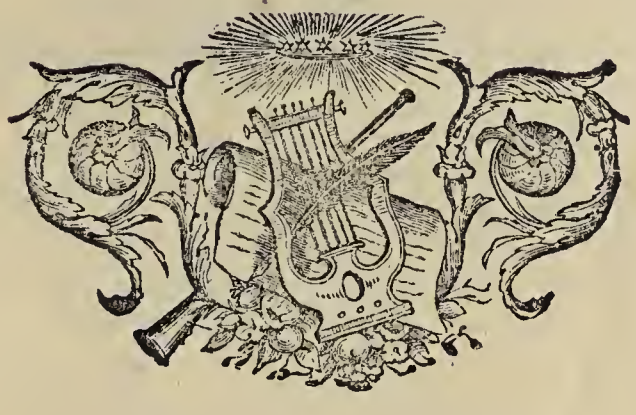
EL ÚLTIMO SUSPIRO,

DRAMA ORIJINAL EN CUATRO ACTOS

DE

D. CARLOS JIMENEZ PLACER.



SEVILLA 1856.

Juan Moyano, impresor y editor.

Colcheros 21.

EL ÚLTIMO SUSPIRO,

DRAMA

EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO,

ORIJINAL

de D. Càrlos Jimenez Placer.

Sevilla: 1856.

Juan Moyano, impresor y encuadernador.
Colcheros 21.

PERSONAJES.

La Reina Doña Isabel.
Doña Isabel de Guzman.
La Duquesa de Olivares.
Doña Leonor de Haro.
Doña Matilde Giron.
El Rey Felipe IV.
El Conde Villamediana.
D. Francisco de Quevedo.
Vergel.
Hurtado de Mendoza.
Martin.
Un page.
Damas y Caballeros.

1628.

Este drama es propiedad de su autor, quien se reserva todos los derechos que como tal tiene. y se acoje para hacerlos respetar á la legislacion vigente.

Es mi primer ensayo de este género que vé la luz pública. al consentir en ello y llenar esta página, no he consultado á mi orgullo, colocando á su frente un nombre respetable. Gloria si llego á alcanzarla un dia en esta profesion, la encontraré en el público que deberá de apreciar imparcialmente mis obras.

Hoy ¿á quién ofrecer esta, un desahogo de mi aficion y las inspiraciones de mi alma, mas digna y legitimamente que á tí?

Recibela pues, tú á quien mi corazon pertenece, como una de tantas manifestaciones de cariño de que te es deudor por tus buenas cualidades, tu esposo

Cárlos.

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/elltimosospirodr00jimn

EL ÚLTIMO SUSPIRO.

ACTO PRIMERO.

Jardines del Buen-retiro: en último término y atravesando la escena una galería de arcos de flores, estátuas, pabellones de seda y luces de bengala. En el centro una glorieta formada de árboles y flores de enredadera: asientos de piedra.—Es de noche y hay luna.

ESCENA I.

QUEVEDO, VERGEL Y HURTADO.

Salen de la galería del fondo, un instante despues de sonar un aplauso.

Hurtado. Y bien Quevedo, ¿qué tal
la produccion del ingenio?
Vergel. En conceptos es finísima
y de un célebre argumento.
«El conde de Essex»

Hurtado. Y dale
con hablar fuera de tiempo;
si no os lo pregunto á vos
que he preguntado á Quevedo.
Vergel. Bien, yo dije mi dictàmen.
Hurtado. Si vos no entendeis de versos!....
Vergel. Bien está.
Quevedo. No haya disputas
por cosa tal, caballeros.
¿Hemos al jardin venido
á gozar del aíre fresco
ó à reñir?
Vergel. Es este Hurtado.....
Hurtado Basta Vergel.
Vergel. Cese, y ceso.
Hurtado. Os decia, don Francisco,
que tal os parece el genio
del ingenio de la corte.
Quevedo. Conforme y segun.
Hurtado. Cómo eso?
Quevedo. Mucho, si al autor se mira;
poco, si el rumor es cierto
de que ayudan á Felipe,
Calderon, Lope,
Vergel. Y Quevedo?
Quevedo. No tal: á mi pobre númen
jamàs le pidió un consejo
Felipe cuarto; mas dicen
que siempre alrededor de ellos,
al rey le cortan las plumas,
del rey componen los versos,
escribenle sus comedias
y en fin dicen, dicen....
Vergel. Cierto?
Con amanuenses tales
poeta era yo; ¡vive el cielo!
Hurtado. Es un bien de caridad
como otro cualquiera.
Vergel. Y luego
diràn los siglos futuros
¡qué làstima! ¡oh gran talento!
¡oh galanteador sublime,
ingenio de los ingenios!....
Hurtado. Pero la modestia guarda
con pseudónimo de ingenio.
Vergel. Mas recibe enhorabuenas
y pàrabienes por ello.
¿No os parece que seria

mejor y de mas provecho,
el que ocupase el Monarca
en mas útil cosa el tiempo?
El estado yace inerte
en manos de un consejero
que de alhagar trata solo
á su inocente mancebo,
para que ignore y que dure
en sus manos el gobierno;
en proporcionarle amantes
que trastornen su cerebro,
y en apartar de su esposa
el cariño, con los celos
que de continuo le engendra;
su honor dando con el suelo.
De modo tal, que si un dia
al fin conoce sus yerros
y vé negras consecuencias,
cual auguro y le prometo,
prorumpirà «¡oh Conde-Duque
digna creacion del infierno!...»
Y cual dice en su comedia
repetirà veces ciento:
«¡Ay, honor, cuánto me cuestas!
¡ay, amor, como me has puesto!»

Hurtado. Já.... jà.... já....

Quevedo. Advertid, Vergel,
que puede comprometeros
ese tan franco lenguaje
que usais.

Vergel. ¡oh, ínclito Quevedo!
gracias; mas, yo digo siempre.
la verdad, y lo que siento.

Quevedo. Vergel, verdades amargan.

Vergel. Pues yo la verdad profeso.

Hurtado. ¿Y qué habeis dicho, Vergel,
de amores del rey, de celos?...

Vergel. Lo que todo el mundo sabe,
qué ¿vos ignorais?...

Hurtado. Por eso
os lo pregunto.

Vergel. Felipe
cuarto.... ya le conocemos,
es demasiado galante;
el favorito, sabemos
que es capaz de las bajezas
mayores por su provecho:
pues bien, la linda Isabel

de Guzman, era modelo
de virtudes: su.... buen tio
Olivares, del convento
la sacó y en el palacio
diôle destino, ó pretesto.
Llevóla, pues, junto al rey....
ya comprendeis el objeto....

Quevedo. Sí, sí.

Vergel. Consumóse....

Quevedo. Basta.

Vergel. Del rey en cuanto à los celos
no ignorareis, de seguro,
el rumor que hace algun tiempo
sobre el tal Villamediana
surca los àmbitos regios.

Quevedo. Mucho se miente en la corte,
Vergel, y ademas sabemos
que es doña Isabel....

Vergel. La reina
mas bella....

Quevedo. El mas puro egemplo
de virtudes.

Hurtado. Sin embargo,
algo de verdad tenemos
en el dicho de Vergel.
Vos vísteis que en el torneo
fué galante con la reina,
y que ella al par....

Vergel. Cierto, cierto.

Hurtado. Galardonó al noble conde;
y entre mutuos galanteos
vierónse ardientes miradas
y simpatías se vieron.
Ademas, no es nada estraño
que ella à los amantes ruegos
del Conde se ablande al fin:
pues él la adora en su pecho,
porque triste, abandonada
se vé; y esto es lo que siento,
que el rey con sus abandonos
sea cómplice de sus yerros.

Vergel. Tambien la sagaz duquesa
de Olivares, tiene empeño
en esos amores, y halla
si se realizan, en ellos
un baluarte seguro
de favoritismo eterno
en su esposo el Conde-Duque

con el rey.

Quevedo. Ya và saliendo
la corte; señores, ¿vamos?
(*Atraviesan la escena por dentro de la galeria, las damas y caballeros de la corte.*)

Vergel. Vamos pues; pero ¿qué veo?
la reina y la de Olivares
á este sitio se dirijen.
Hagàmosle corte.

Hurtado. Ecsijen
esta espansion sus pesares.

ESCENA II.

DICHOS, LA REINA Y LA DUQUESA.

Quevedo. (*Adelantándose.*) Vuestra mano?...
(*Ofreciéndola á la Reina al bajar de la galería.*)

Vergel. (*Id.*)—¡Si os dignais!.... (*A la Duquesa.*)

Reina. Gracias.

Duquesa, Gracias.

Vergel. Seductora
estais por mi fé, señora
duquesa.

Duquesa. Cuál me adulais!...

Quevedo. Si no mandais otra cosa,
ya va la corte y marchamos.

Reina. Id en paz.

Vergel. Sois una diosa
de belleza!

Duquesa. (!oh!) ¿sí?

Quevedo. Vamos.

Duquesa. ¡Tirano!....

Vergel. ¡Tirana hermosa! (*Vanse.*)

ESCENA III.

LA REINA Y LA DUQUESA.

Duquesa. Cuánto mi alma se alboroza
en la noche de este dia!....
¡qué animacion! ¡qué alegria!
Y su magestad, no goza?

Reina. Jamás estuve mas triste
duquesa; bien es que es cierto

que rara vez me divierto:
para mi mal ya no ecsiste
ventura alguna en el mundo.

Duquesa. ¿Complaceros, no desean
las personas que os rodean?

Reina. Mal conoces lo profundo
de mi sentir. ¿Cuál es esa
muchedumbre que se embriaga
y á mi alrededor me alhaga?
Eres sencilla, duquesa.
Palaciegos mentirosos
sin corazon y sin ley;
que si adulan à su rey
le adulan por ambiciosos.
¡Ah! la córte....! Lejos de ella;
quizà el desierto, la calma
de su soledad, mi alma
aceptase por mas bella.
Enlazada con un hombre
que no me ama, á quien no amo,
que es mi esposo y que le llamo
como tal: ¡ay! no te asombre
duquesa, es gran sacrificío
al corazon y al deseo.

Duquesa. Ya veo, señora, ya veo
que no os querellais por vicio.
Y con razon padeceis,
pero no obstante, yo advierto,
que amándoos mucho por cierto
que otras personas teneis.

Reina. ¿Lo dices por el buen conde?

Duquesa. A qué negarlo, señora!

Reina. Es verdad.

Duquesa. El os adora,
y aunque su pasion esconde,
de mí no es desconocida:
dispensad, sí os lo confiesa
señora, vuestra duquesa
tal vez en esto atrevida.

Reina. No, porque tienes razon;
porque mi amiga te llamo.
A qué negarte que le amo
con todo mi corazon,
cuando á mi lado estuviste
en el torneo en que le ví,
y desque le conocí
cuanto le amé conociste?.....
¡Ay!.. mas como es el amor

bella ilusion de la vida,
y es la vida tan querida,
y es la ventura mayor;
solo á mí la negra suerte
me roba esa bienandanza;
porque amo sin esperanza;
porque mi amor es la muerte.

Duquesa. ¿Amor que os mata, señora?
Y sin esperanza amando,
cuando vos le amais y cuando
tambien el conde os adora?

Reina. ¡Oh! por piedad, sella el labio;
que aunque asi mi dicha enlaces
primero es mi honor; y me haces
con tal consejo, un agravio.

Duquesa. Perdonad: pero vos misma
habeis dicho, ese amor fuera
vuestra felicidad.

Reina. Diera.....

Duquesa. Un trono.....!

Reina. Sí; eso te abisma?
¿De qué me sirve el poder
que en mí refleja su oro,
cuando en él, derramo el lloro
de un oculto padecer!
Duquesa, debo en mí ahogar
esta funesta pasion;
que juró mi corazon
ser de otro al pié del altar.
y aunque sin amor casé,
porque mis bodas trataron,
mis nupcias se celebraron,
mi amor guardará esa fé.

Duquesa. ¡Triste conde!

Reina. Pero aquí, (*Señalando al corazon.*)
siempre unida á mi plegaria
ha de vivir solitaria
esta pasion para mí.
Sin esperanza, es verdad,
porque no la sabrá el suelo;
que es pura, porque es del cielo.....

Duquesa. Amarga conformidad.

Reina. ¡Ay! Qué quieres, si nacímos
à sacrificar en aras
del bien público, las caras
afecciones que sentimos!....

Duquesa. Mas en tanto, ni una prueba
el conde de vos recibe:

triste, despechado vive.

Reina. Su amor una culpa lleva.
Resignarse y olvidar,
es su destino y le plugo.

Duquesa. Es amor muy fuerte yugo
no facil de quebrantar.

Reina. Pero es amor insensato
duquesa; ¿Debo yo amarle?
¿Debo?.... No: debo olvidarle.

Duquesa. Vuestro pecho no es ingrato;
mas de esa fatalidad
no veo clara la razon,
que en cosas del corazon
quien manda es la voluntad.
¿No es libre, como la flór,
y no es libre como el pez,
y como el ave à su vez,
que al viento dá su clamor?
Y no viven sin dolor;
y en confuso laberinto
vemos amar por instinto
al ave, al pez, y à la flor?...
Si el conde noble os adora
y amor pide á vuestro làbio,
con indiferente agravio
¿por qué pagarle, señora?

Reina. El sabrá callar cual yo,
duquesa sus afecciones.

Duquesa. No conoce amor razones.

Reina. Sí, respetos.

Duquesa. Quizà no.

Reina. Es prudente.

Duquesa. ¡Qué, si llora!.....

Reina. Tengo pruebas.

Duquesa. Pruebas tengo.

Reina. Muchas?

Duquesa. Muchas.

Reina. No convengo.

Duquesa. ¿No?

Reina. No.

Duquesa. Tomadlas, señora.
(*Le dá un billete.*)

Reina. ¡Ah!
(*Queda un momento reflecsiva, como quien recibe una impresion que no espera.*)

Duquesa. (Ya han de ser peregrinas
las dichas frases de amor!...
Si aspira el aura à la flor,

le han de punzar sus espinas.)

Reina. (*Leyendo*) «A Isabel» (Mas leerla.... ¡oh!...
jamàs, aunque es para mí.
Si amor me dice que sí,
el deber dice que no.
Mi mano temblando està;
contrarios afectos son,
...¡resuelvete, corazon!...)

Duquesa. Digo, señora, que....

Reina. ¡Ah!...
Toma, duquesa.

Duquesa. Señora.

Reina. Toma.

Duquesa. Es que, no concibo....

Reina. Toma; que yo no recibo
papel que mi honra desdora.
Ruégote que se le dés:
y añádele, amiga mia,
que castigo su osadía
no tiene, por ser quien es.

Duquesa. Señora....

Reina. Y que mas no espere:
que me olvide.

Duquesa. ¿Podrà ser?...

Reina. Habrás, duquesa, de hacer
al fin que me desespere?...

Duquesa. Pues bien, señora; matad
la esperanza, la ilusíon
de un infeliz corazon
que alienta en vos. ¡Acabad!

(Crece el abatimiento de la Reina; la Duquesa cree sacar partido en ese momento de duda y desconsuelo, le habla con nn interés que afecta intimamente su alma, y ecsije el billete desventurado, dándole á entender que lo devolverá al conde como única muestra del afecto qne la reina le profesa.)

Reina. (¡Ah!... No se, por que vacilo...!)

Duquesa. (Su cariño al fin le vende.)

Reina. (¿Amor, al honor no ofende?...)

Duquesa. (La cuestion está en un hilo.)

Reina. ¡Espera!

(Va á vencer en esa lucha de su corazon; pero necesita un instante de calma: esa voz de —¡espera! — es la espansion de su pecho. Quiere decir, — «No *soy ingrata á esa muestra de afecto, de adhesion, pero no soy dueña absoluta de mis acciones, mi voluntad toda, no*

es mia; soy casada: soy Reina.—Sin embargo, —«espera» — quiero obrar cuerdamente, de modo que no tenga que arrepentirme mañana.)

Duquesa. (¡Vencí!!...)

Reina. (¡Dios mio!)

(Deja caer lánguidamente su cabeza, cubriendo el rostro con una de sus manos.)

Duquesa. (Una lágrima de amor!..)

Reina. (Fuerzas, corazon!.... ¡valor!...)
Acabemos.

Duquesa. (Ya confio.)

Reina. *(Lee.)*—« Señora; dispensad al que osado se dirije à vos pidiendo una merced de que jamás fué digno. Tiempo hace que en mi mente bulle una ídea cuyo misterio me lastima y que pertenece à ambos. Quizàs mi làbio pudiera habérselo revelado antes de ahora, mas he temido á la locuacidad murmuradora de la córte.—Si no juzgais mal de mis palabras, y sí las conceptuais dignas de un caballero que os ama; dignaos dejaros ver mañana, despues de concluida la comedia famosa, en la glorieta de los jardines.

«Vuestro afecto y leal.—*Villamediana.*

Duquesa. Y bien. señora.....

Reina. Qué harias
tú, si en tal caso te halláras;
duquesa?

Duquesa. ¿Yo?...

Reina. ¿Le aceptàras?
Dí; tú, le recibirias?

Duquesa. Os lo diré sin pasion;
si yo en tal caso me hubiera
y dudase, me ofendiera
con mi propio corazon.

Reina. Pero.....

Duquesa. Sin vacilar.

Reina. Pero.....
¿bajarías?

Duquesa. Bajaría.

Reina. Mas: observa.....

Duquesa. Que vendria
à hablar con un caballero.

Reina. Pues bien tu consejo sigo
al fin; pero, sé advertida.
Podré contar.....

Duquesa. Con la vida,
señora; contad conmígo.

Reina. Pues volvamos al salon
y tú mi manto previene.
Duquesa. Sí, señora; que alguien viene.
Reina. ¡Ah!..... Los pasos del Rey son.

ESCENA IV.

El Rey, despues Martin.

Rey. En este sitio à Martin
cité; y ya saber ansío
si entregó el billete mio:
pero aquí llega por fin.
¡Martin!
Martin. Señor.....
Rey. Viste....?
Martin. Sí.
Mas posible no me fué
entregar lo que intenté;
que de vista la perdí.
Al terminar la funcion
entre la córte salía,
mas hasta ella, no podia
llevar vuestra comision.
Marchàronse; y yo quedé
á la entrada del jardin
esperando.
Rey. Bien, Martin,
cuanta es tu eficacia sé.
Martin. Señor.....
Rey. Pero es muy preciso
que sin falta ni demora,
busques ocasion ahora
para entregar ese aviso
á doña Isabel. Me abismo
en temores!... Mi impaciencia
reprimo, mas con urgencia
hablarla quiero aquí mismo
esta noche.—Corre, vuela;
y en cuanto á mí Isabel llegues,
y ese billete le entregues,
ven, y los jardines cela.
Avísame en el momento
que le vieres, y me veas;
marcha pues. Martin: que seàs
eficaz.
Martin. Así lo intento.

ESCENA V.

EL REY.

¡Oh Isabel!... Con cuanto anhelo
amante seguí tu huella!...
Y, cual es mi desconsuelo,
al ver que en mi triste cielo
no luce tu clara estrella!...
¿Es posible, hermosa mia,
que con desden y rigores
pagues mi ardiente porfía,
cuando la vida daría
y el poder, por tus amores?
Mas ¡ay! triste condicion
es amar!.... Loca ventura
es soñar tanta ilusion...
Cuando ya mi corazon
ligué hasta la sepultura.
¡Condicion triste..... Invencible
condicion de nuestro sino,
que lanza al alma invisible
tras anhelado imposible,
de la vida al torbellino!....
Y es la vida un paraiso
pues que hay amor en la vida,
é infundirle el cielo quiso
cual un afecto preciso?...
¡Bella ilusion fementida!
Afectos del hombre son,
mas de tal modo partidos
en el triste corazon,
que juntos dan los latidos
del placer y la afliccion!
Pero es verdad que hay tambien
cien instantes de bonanza,
de afanes junto à otros cien;
y el alma para su bien
siente alentar la esperanza.
Y aun en mi pecho la siento
que me conforta y asiste,
no esperemos el tormento
antes de llegar, que es triste
torturar el persamiento...

(Váse por la izquierda.)

ESCENA VI

VILLAMEDIANA.—DESPUES DOÑA ISABEL.

Villamediana. *(Entrando por la derecha.)*
=Ya se aleja; un caballero
de la corte me parece:
pero cuidado me ofrece
mi cita, y solo estar quiero.
Al fin ya de su ansiedad
deja el término mi alma;
su afan y perdida calma
trocará en felicidad.
Llenan gratas ilusiones
mi corazon y la aurora
miro al fin que bienhechora
và à unir nuestros corazones.
Vuestro billete, Isabel,
para mí cuánto es amado!....
No amá tanto el sentenciado
de su perdon el papel.
Mano bendita que aquí
tan bello nombre escribió;
¡Oh!.... Cuándo olvidaré yo
lo que habeis hecho por mí?.....
Isabel—(Que entrará lentamente por la izquierda.)
(—Dios me perdone.—Bien poca
cordura escribirle fué;
mas tanto le amo, que à fé
que temo volverme loca.
Villamediana. (Me ama, sí; engaños no son.
Vendrá: ¿su pasion no es mucha?
¡con qué incertidumbre lucha
el amante corazon!....)
Isabel. (Si no viniese....)
Villamediana. (Si acaso
mi bella Isabel faltara....)
Isabel. (Si mi Conde no me amara!....)
Villamediana. (Tarda.)
Isabel. (Vergonzoso paso.)
Villamediana. (Pero sí vendrá, lo sé.)
Isabel. (¡Alma mia, ten confianza!)
Villamediana. (¡No me dejes esperanza!)
Isabel. (¡No me abandones mi fé!)
Villamediana. (Pero una dama....)
Isabel. (Ah! allí
creo percibirle.)

Villamediana. Sí, es ella!
Doña Isabel? (*Acercándose.*)
Isabel. Ay!....
Villamediana. Mi bella
tapada, sois vos?....
Isabel. Yo.... sí.
Villamediana. ¡Isabel de mi alma!
Isabel. ¡Mi nombre invoca!)
Esperábais?....
Villamediana. La vida!
Isabel. (Me vuelve loca!)
Quién os la quita?
Villamediana. La esperanza, la duda,
que al alma agita.
Pasiones encontradas
aquí en mi pecho,
levantando borrascas
le traen desecho!
Por eso lloro;
y à traves de mi llanto
mi amor adoro!
Que vos sois mi esperanza,
mi luz, mi dicha,
mi reina, y el no veros
¡ay! mi desdicha
Isabel. (¡Reina! ¡Dios mio!)
Villamediana. Sí, sois reina y señora
de mi alvedrio.
Isabel. Mucho la amais?
Villamediana. Señora,
conmigo mismo,
ahora, peno y gozo,
que yo me abismo.
Os amo tanto,
que mi vida, mi gloria,
sois y mi encanto.
Cómo viéndoos, no amaros,
Isabel bella?
Isabel. En vos cifro mi dicha!....
Villamediana. Vos sois mi estrella!
Isabel. Vos mi alegria;
¡ay Conde de mi alma!
Villamediana. ¡Isabel mia! (*Pausa.*)
Cuanto tiempo he esperado
este momento.
Isabel. Tambien yo le anhelaba,
que es mi contento.
Aunque temores,

tristemente me infunden
estos amores.

Villamediana. Como la noche al dia,
de luz avara,
como el rocio las flores;
y como amara
el pez espumas;
viento, el ave que deja
nido de plumas;
así yo, Isabel mia,
de amor sediento,
os amo como el ave
que cruza el viento,
y en la sencilla
rama del roble, entona
su cancioncilla!

Isabel. Poeta sois.

Villamediana. Del alma.

Isabel. Quién lo creyera?....

Villamediana. Quien amor como el mio
tambien sintiera.

Isabel. Qué desvario!....

Villamediana. ¡Isabel de mi alma!

Isabel. ¡Ay Conde mio!.... (*Pausa.*)

Villamediana. Oh!.... sí, reinàd de amores
aquí en mi pecho,
en este pecho triste
casi deshecho.
Mas, corazones
que se amaron, que gocen
sus ílusiones.
Reinad, pero ese manto
quitad, señora,
que vuestra faz os vela
encantadora. (*Vá á alzarle el manto.*)

Isabel. No!.... (*Retraida.*)

Villamediana. Sí. (*Insistiendo.*)

Isabel. Dejad. (*Quiere desasirse.*)

Villamediana. Os lo ruego: miradme! (*De hinojos.*)

ESCENA VI.

Dichos y el Rey.

Isabel. Oh! (*Al ver al Rey.*)

Villamediana. Ah!—(*Idem.*)—Quitad!—(*A Isabel.*)
(*Colocándose delante de ella le insta á que huya.*)

Huid, vuestro esposo, señora!...
si os vé, todo está perdido.

Isabel. Mi esposo.... Ah! (se ha vendido!)
(Infeliz!.....) Miradme ahora.
(*Se descubre el rostro llena de despecho, pero de modo que sea vista del Conde únicamente, y vuelve á cubrirse.*)

Villamediana. Oh, cielos! y no era ella! ...

Rey. Bien por la aventura. Aquí,
cómo os hallo?

Isabel. (Yo de tí
me vengaré.) (*Desapareciendo.*)

Villamediana. (¡Ay de mi estrella!...)

ESCENA VIII.

El Rey—Villamediana.

Ya lo habeis visto, señor,
y que comprendeis comprendo,
lo que entendeis y yo entiendo
por aventura de amor.

Rey. Sí, buen Conde, así se llama;
siento haberla interrumpido.
Mas decid: ¿por qué ha corrido
á mi presencia la dama?

Villamediana. No lo sé, mas adivino
que ante vos, ruborizada,
fuese, de vos recatada....

Rey. Huye de mí?..,. Su camino
seguiré, que mucho anhelo
ver que dama de mi corte,
de tal aire y lindo porte,
os deja en tal desconsuelo.

Villamediana. Oh! no importa.

Rey. ¡Vive Dios,
que es ingrata! y es tan bella?....

Villamediana. Un àngel.

Rey. Sí?.... Por mi estrella
que voy....

Villamediana. Ved que....

Rey. Esperad vos.

Villamediano. Os ruego por mi aficion....
que á esa dama no sigais.
Señor, vos mismo le dais
el nombre à la situacion.
Si es aventura amorosa

digna es de todo respeto;
y mucho mas, si os prometo
que tambien es misteriosa.
Cual galan y caballero
me cumple mostrar la ley
de amor, y pienso que el rey
la respetará el primero.
Pues que si no son de amor
las leyes cual de justicia,
yo creo que á vuestra pericia
tambien es ley de rigor.

Rey. ¿Cómo tal?

Villamediana. Fama teneis
de galanteador.

Rey. ¡Yo fama!

Villamediana. Asi en la corte se os llama.

Rey. No me ofende.

Villamediana. Pues ya veis,
que debeis dar el ejemplo.

Rey. Basta, conde: me convence
tal reflecsion, que asi vence
mi curiosidad.—Contemplo
esa elocuencia, y respeto.....

Villamediana. Gracias, señor.

Rey. Pero veo
que si fama tengo, creo
que eres galan muy completo.
—Adios.

Villamediana. Qué él os guarde.

Rey. Ya
os dejo; que impacientada
estarà vuestra tapada.

Villamediana. Ya se fué.

Rey. Ya volverá.

ESCENA IV.

VILLAMEDIANA.

Villamediana. Apurar, cielos, pretendo,
desventurado de mí!
Por qué me tratais así
á mi amor correspondiendo?
Aunque si amé, y amé siendo
fiel, generoso y amante,
comprendo que el ser constante
causa es bastante al dolor;

que es el motivo mayor
à sufrir, amar bastante,
Solo quisiera saber,
para calmar mis anhelos,
porque pintó esos desvelos
de pasion, esa muger,
que nunca podré querer;
y si en la noche callada,
cariño fué en la tapada
cuanto sus labios dijeron;
ó si un lazo me tendieron
preparando una emboscada.
¡Oh! Entre espadañas y flores
nace el rústico, en cabaña
de humildes pajas, que baña
un rio que murmura amores;
bajo un sol cuyos fulgores
le dan vida à la enramada,
y allí con su dulce amada
parte en dos su corazon:
y los que en palacios son,
tristes lloran, no hallan nada.
Duerme la tórtola triste
en la noche solitaria,
despierta, alza su plegaria
y dá señal de que existe:
y en la floresta qne asiste
de tilos, rosas y lirios,
besa en amantes delirios
à la tórtola consorte:
y yo, que adoro en la corte
hallo en la corte martirios.

ESCENA V.

La Reina.— Villamediana.

Villamediana. Ah!... *(viendo otra tapada.)*
Reina. (¡Es él!.)
Villamediana. (¿Otra tapada?)
Reina. Conde!....
Villamediana. ¡Señora..... ¡mi reina!
Reina. Callad, ¡por Dios!
Villamediana. Descuidada
podeis estar, confiada
en que aqui soledad reina.
Reina. ¡Ay, Conde! tantos temores

me acosan, que por do quiera
me figuro ver traidores
y pèrfidos delatores.

Villamediana. Mal con su vida estuviera
el que osara á audacia tanta:
calmad el temor, señora.

Reina. Gracias, Conde. Mas la planta
tiembla, de la que quebranta
sus votos en triste hora.

Villamediana. Oh! no le deis amargura,
por piedad, à mi contento;
¿inquieta estais, por ventura,
teniendo un alma tan pura,
tan sublime pensamiento?
Bella señora que adoro,
tened de mí compasion
si hoy atrevido os imploro;
no puede á vuestro decoro
ofender mi corazon.
Tiempo ha que en el pensamiento
un pensamiento escondido
se agitó con sentimiento,
¡Ay! no podia mi acento
llegar hasta vuestro oido.
El, empero, misterioso,
fué de mi vida la palma;
y es aun el ángel hermoso
del sueño mas delicioso
que tiene recuerdo el alma.
Y viviendo en la memoria,
existe con la esperanza
de mas dulcísima gloria;
cual melancólica historia
de porvenir venturanza.
¿Creeis, tal vez, que vuestro nombre
se empañe, pierda su brillo,
porqne os adore otro hombrc?....
Que os engañais, no os asombre;
puedo en conciencia decillo.
Sola, triste, abandonada
por un corazon ingrato,

Reina. A todo mal resignada!....

Villamediana. Sois un àngel.

Reina. Desgraciada
soy.

Villamediana. De consolaros trato.
Y bien, Isabel; que os diga
Isabel, me permitid.

Reina. Decirme podeis amiga.
Villamediana. Oh! gracias, mi amor!....
Reina. No siga,
que no es igual, advertid.
Villamediana. Sí, vos sois mi amor; mi estrella
de consuelo, bella y pura;
y he de seguir vuestra huella,
amorosa Isabel bella,
con ventura ó sin ventura.
Reina. Ah! callad.
Villamediana. ¿Cómo mostraros
mi gratitud, vos, que habeis
asistido á molestaros?.,,.
Yo os ruego me perdoneis
la libertad de citaros.
Reina. Conde, mucho me costó
dominar el pensamiento,
sí, decia mi contento;
el deber decia que no.
Villamediana. Mas al fin....
Reina. Al fin triunfó
á impulsos de esta pasion
que no puedo olvidar ya,
Villamediana. Oh ilusion!....
Reina. (Triste ilusion!...,)
El deseo de daros, ¡ah!
el amor del corazon.
Villamediana. Qué dichosa bienandanza
hoy feliz el alma llena,
ya de dolores agena
que vé tocar su esperanza
Reina. Ay!.... (*Abandona una de sus manos en las del Conde, que estrecha con efusion.*)
Villamediana. ¡Ah! qué dicha!
Reina. ¡Qué pena!
Pero, alzad Villamediana;
y si vuestro amor es puro,
evitad que una accion vana
me prive de veros.
Villamediana. Sana.
fué mi efusion; os lo juro.
Y ademas, mal interpreta
vuestro afecto mi pasion;
que al darme dicha completa,
¡oh, señora! ¿quien sujeta
las alas del corazon?
De un corazon que en amaros
cifró toda su ventura

y que al fin piensa encontraros
amante tambien al daros
toda su fé y su ternura.
¿No llegais à adivinar,
ni alcanzais á comprender
cuan insufrible pesar
es, esperar, esperar.....
y querer.... y mas querer!....
Ni comprendeis la alegria
que siente un pecho oprimido,
cuando llega el feliz dia
que en pago de su agonia
recibe un bien tan querido?
Oh! que esto ignorais quizá
me dice mi negra suerte
é ignorándolo, tendrà
mi amor su esperanza ya
en el olvido, en la muerte.

Reina. No tal, que ilusiones son
de vuestra mente encendida
mis desdenes: la razon
me obligaba á hacer traicion
à esta pasion tan querida.

Villamediana. Me amais entonce

Reina. Os adoro.

Villamediana. Con el alma?....

Veina. Con la vida.

Rillamediana. Vuestro amor es mi tesoro.

Reina. Y mio el vuestro, aunque lloro
con él la calma perdida.
Porque es amor este anhelo
tan puro, cual la plegaria
de la vírgen, que con celo
adora al Dios de ese cielo
en la celda solitaria.
Porque es tan puro este amor,
tan inefable el cariño
que os guardo con mi dolor,
cual la aroma de la flor
y el primer beso del niño.
No es el amor espansivo
y sediento, que no vé
porque es ciego, este es el vivo
amor que del mundo esquivo,
porque no aprecia su fé.
Ah! que para mas penar
en este valle, dó flores
suele otro amor encontrar;

amando yo, solo hallar
logré espinas y dolores.

Villamediana. Calmàos, Isabel mia;
que ya os comprendo y me duelo
de vuestra vida.

Reina. Sombria
es cual la palma y umbria
allà en el desierto suelo.
Sin una mano amorosa
que estreche con fé mi mano,
y sin una cariñosa
frase de amistad hermosa,
¡ay! vivo esperando en vano.
De mi esposo separada
por la envidia de Olivares
y de la corte apartada,
siempre en ella murmurada,
no hay término á mis pesares.
Así, es tanto mi dolor,
Villamedíana, os lo juro
aunque me place este amor,
que à ellos culpo, si mi honor
dejo de llevarle puro.

Villamediana. Despreciar debeis, señora,
esas mezquinas acciones,
solo hijas de corazones
donde la hidalguía no mora
ni virtuosas pasiones.
Esos míseros reptiles
que entre la corte se agitan
con plan ó intenciones miles,
lenguaraces: lo que viles
no tienen es lo que quitan.
Gozad de ellos apartada;
buscad en vuestros dolores
una flor en la enramada
que hace suspirar á cada
recuerdo grato de amores.

Reina. ¡Ay Conde!

Villamediana. Señora, sí;
mirad cuan bello esto està.
sed feliz señora aquí.

Reina. Ay, Conde! (*Vuelve á dejar posar una de sus manos entre las del Conde.*)
(*Un embozado atraviesa por el fondo la escena, se oculta entre los árboles, y poco despues lanza esta carcajada.*)

La Voz. Ja!... ja!... ja.., ja!...

Villamediana. Aquí me teneis á mí.
La Voz. Ja!... já!.... ja!....
Reina. Oh! (*Huye aterrada*)
Villamediana. Traicion... ¡¡Ah!!
(*Hecha mano á su espada, tendiendo una mirada de ira y sobresalto en derredor suyo.—La voz perdiéndose poco á poco se oye ir repitiéndo la carcajada.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Cámara real.—Puerta al fondo: dos á la izquierda que conducen al esterior de Palacio; otra á la derecha que da á la capilla.

ESCENA I.

EL REY.=QUEVEDO.—VERGEL.— HURTADO.

Rey. Entrad, señores.
Quevedo. Que Dios
os guarde.
Rey. Salud!....
Quevedo. Cual buenos
servidores. señor, henos
felicitándoos.
Vergel. A vos....
Rey. Gracias: sé vuestra aficion,
hasta donde se interesan
mis caballeros. Ya cesan
negocios de la nacion
por hoy. Esperàbaos juntos,
que hoy mas con ansias inquietas
queria hablar con mis poetas
de algunos varios asuntos.
Hurtado. A vuestro servicio estamos
Rey. ¿Qué decis, Vergel, de nuevo?
Qué hay por la corte?
Vergel. Me atrevo
á decir que nada hallamos
de novedad. Un rumor
solo corre de curiosos.
Quién es, preguntan ansiosos,
de »El Conde de Essex,» autor?....
Nadíe acierta á adivinar
quién será el preclaro genio
que es de la corte el íngenio,

y su nombre ha de ocultar.
Unos dicen, «de fulano»
otros, «Qué! ni quién pensara!....»
y el enigma no se aclara
de si mengano ó setano.

Rey. Con qué tal mérito hallaran
en esa comedia?

Quevedo. Oh!
sin duda al que la escribió,
con los mejores comparan.

Rey. Bien, mas.... de otro asunto hablemos.

Hurtado. (*á Quevedo en voz baja.*)
(Como su interes demuestra!)

Quevedo. (Poco disimulo.) (*á Hurtado.*)

Rey. Y extra
ó intra, Vergel, qué tenemos?....

Vergel. Sobre....

Rey. Sobre galanteos,
amores, conquistas....

Vergel. Mucho.

Rey. Ya sé que en esto sois ducho.

Vergel. Oh!

Rey. Y bien os dan los trofeos.

Vergel. Cómo tal?

Rey. No recordais,
en las màscaras pasadas....
El...

Vergel. ¡Oh! sí; bromas pesadas
de damas.

Quevedo. Os engañais.
Pues que fué cierto poeta,
que escribírsele vió: «El
galan y alegre Vergel
es de la corte gaceta.»

El Rey y Hurtado. Ja!.... ja....

Vergel. Les divierto así....
Vos les divertis, Quevedo,
con vuestros versos; y quedo
pagado de vos à mí.

Quevedo. Yo ignoraba tan completa
fortuna; razon os sobra.

Vergel. Aquí cada cual se cobra,
con razon....

Quevedo. O con saeta.

Rey. ¿Y qué vate pudo ser
el autor de aquel letrero
de vuestra espalda?.....

Vergel. Yo infiero

que Villamediana.

Quevedo. ¿A ver
le alcanzàsteis?

Vergel. No.

Quevedo. Pues luego
es aprension del cuidado.

Hurtado. Sí porque el que se ha quemado
todo le parece fuego.

Rey. Cómo?

Quevedo. Sin duda. Ya antes
Vergel está resentido
con el Conde.

Rey. Pues ¿qué ha habido?

Quevedo. Fué cuestion sobre diamantes.

Vergel. Nécia broma!

Quevedo. Literaria
fué.

Vergel. Que el tal Villamediana
circuló con idea vana,
en décima estrafalaria.

Rey. Veamos: decidla.

Vergel. .....No tengo
bien presente en la memoria
sus frases; falsa es su historia.

Quevedo. Oidla, pues.

Vergel. (Mal me contengo.)

Quevedo. *«¿Quien es ese almivarado*
cortesano, tan compuesto,
que es de aventuras un testo;
noticiador consumado?»
«Es Vergel, que vá prendado
de su brillo y su saber:
mas habeis de comprender
que esos lucientes diamantes,
galas son que usaron antes
galanes de su muger.»

Rey. Bravo, bravo.

Vergel. (*A Quevedo.*) (Os he de ver...)

Quevedo. (Siempre nos estamos viendo.) *(A Vergel.)*

Rey. No os ofendais.

Vergel. No... me ofendo.

Rey. Tiene chispa.

Vergel. Tiene á fé.....

Rey. Ya os dejo solos, señores;
pues pronto vendrá Olivares.....

Veryel. (Sí.)

Rey. Y tengo particulares.
asuntos con él.

Vergel. (De amores.)
Quevedo. Id con Dios.
Rey. Adios, Vergel.
Seguid la broma!
Vergel. Oh! sí, siga.

ESCENA II.

Dichos, menos el Rey.

Vergel. Con qué es justo, caballeros,
que yo sea objeto de risa,
y que deba tolerar
que ante mis barbas se rian?
Hurtado Mas calma, Vergel; mas calma.
Vergel. Sí, mas calma. Por mi vida
que no he de consentir mas
ese tono de ironia,
y esa befa, ni del rey
en adelante.
Quevedo. No diga
tales cosas, buen Vergel.
Antes de ahora, yo creia
que érais capaz de sufrir
una broma.
Vergel. Bromas pican.
Hurtado. ¿Y qué dirian de vos,
el mas jovial de la trinca
cortesana?.... Si ahora os viesen,
tan susceptible....
Vergel. Que digan.
No me gusta ser su mofa.
Quevedo. Vamos, callad.
Vergel. Teneis prisa?
Quevedo. Es asunto ya cansado.
Vergel. Que ni hablar se me permita,
es todo cuanto hay que ver!
Quevedo. Suspendedlo hasta otro dia.
Vergel. Bien que con esto me dan
alas para que yo diga.
Y el rey, que va à criticar
cuando él merece mas crítica...
Quevedo. Si en vos eso es alimento.
Vergel. Y qué quereis, si me irritan
de un modo.... A despachar

asuntos de estado iba;
y no habla con Olivares
de tal cosa un solo dia.
Irá á proyectar con él
de amores, lances é intrigas,
ó á darle á doña Isabel
de Guzman alguna cita.
No tiene perdon de Dios,
ni el tio, ni la sobrina,
ni.....

Quevedo. Silencio.
Vergel. ¿Quién lo impone?
Hurtado. La Reina.
Quevedo. Dejad la ira.

ESCENA III.

DICHOS.—LA REINA.

Quevedo. El cielo guarde à nuestra Reina amada.
Vergel. Al brillante lucero de la villa.
Hurtado. A la modesta.
Vergel. Y cándida.
Quevedo. Preciada
en sus leales reinos de Castilla.
Reina. Gracias; gracias señores.—Solitaria
me veis por que dirijo mis anhelos
á la capilla, que elevar plegaria
por los bienes y paz quiero á los cielos.
Quevedo. A ellos, señora, que os concedan pido
cuanto le demandais.—Acompañemos
á su magestad.
Reina. Gracias: he venido
sola, porque me place.....
Quevedo. ¡Oh! marchemos.
—No perturbemos el retiro santo
que busca aquí, dejando los salones,
su magestad, que con tranquilo llanto
viene à elevar á Dios sus oraciones.
(*Vánse por el fondo. La reina dá un paso hácia la capilla, pero al desaparecer los caballeros vuelve á la escena.*)

ESCENA IV.

La Reina.

¡Triste corazon mio,
por el dolor deshecho!
llorando amargas penas,
suspirando en silencio.
Batel que entre borrascas
de pasiones, ligero,
su rumbo vé perdido,
su casco vé deshecho.
Sin timon y sin velas
busca agitado el puerto:
¡Pobre batel! perdido
en el revuelto piélago!
Un dia fué de ventura,
cual hoy triste en recuerdos,
que deslizó mi vida
entre dorados sueños.
No era esposa ni madre,
y aunque de timbres régios,
era tan niña entónces.....
¡oh, qué feliz mi pecho!
Es la vida una lágrima:
una ilusion, un sueño.
¡Cuànto soñar es dicha!
despertar ¡qué tormento!
La flor de mi esperanza
dá sus hojas al viento,
las ilusiones llora,
perdido su contento.
¡Ay, triste pecho mio,
por el dolor deshecho!
¡Pobre batel perdido
entre el revuelto piélago!.,...
¿Por qué tanta desdicha
¡ay! por mi mal presiento?
¿Por qué, con pena tanta
hoy me castiga el cielo?
Perdido no es bastante
mirar el amor tierno
que el alma un dia anhelàra
en deliciosos sueños?
No es bastante ¡Dios mio!
regar avaro suelo

con abundantes làgrimas
amargas de despecho?
Sin hallar en mi llanto
un eco de consuelo,
un corazon amigo
donde exhalar mis ecos.
¿No es bastante?..... ¡Mas ay!
devorar en silencio
los ayes de mi alma
es mi destino adverso!
Amar en este mundo
con incesante anhelo,
y el arrostrar desdenes,
y el devorar desprecios.
¡Triste corazon mio,
por el dolor deshecho,
llorando hondos pesares,
suspirando en silencio!

ESCENA V.

La Reina.—Martin.

Martin. ¿Si dais licencia, señora.....
Reina. Ah! qué motivo.....
Martin. (*Mirando con curiosidad,*) Venia,
(No está.)
Reina. Qué, pues, te traia
á tal sitio y en tal hora?
Martin. De vuestra salud preciosa,
el cuidado; mas, tan buena
os encuentro, y se llena
de placer mi alma.
Reina. Celosa
tu alma està, que bien lo estraño.
Martin. Ciertamente, que temiera
que el aire anoche os hiciera
en el jardin grave daño.
Reina. (¡Dios mio!) ¿Qué estàs diciendo?
Martin. Vos.....
Reina. ¿Qué dices, insensato?
(¡Oh! mi corazon ingrato,
se vende y me està vendiendo.)
Martin. Perdonadme: vuestra alteza
palidece, tal vez llora.....
Mi labio.....

Reina. Basta.
Martin. Señora...,
Reina. Mal firme está tu cabeza.
Respóndeme, ¿por qué, aquí
llegaste con insolencia?
¿Por ventura, mi presencia
respeto no infundió en tí?
Pues te advierto.....
Martin. (¡Vive Dios!)
Reina. Que aunque igualmente nacimos,
diversos cargos tuvimos,
y hay distancia entre los dos.
Martin. (Violento mi enojo callo.)
Reina. Reina soy. Es mi palacio!
El que respire en su espacio
será muerto, ó leal vasallo.
Responde con brevedad;
¿Qué buscas?
Martin. De esta mañana,
al conde Villamediana
procuro con ansiedad.
Reina. Al conde? ¿qué traes con él?
Martin. Un papel que es para el conde.
¿Le habeis visto?
Reina. ¡Al conde....!
Martin. ¿Dónde?
Reina. ¿Qué te importa?
Martin, Yo, el papel....
Y tambien le importa al rey,
à mi amo, à vuestro esposo;
y yo le busco afanoso
porque obedecerle es ley.
Reina. ¡Ah! tu amo..... Verdad es
que es justo que satisfaga
fiel al señor que le paga,
es esclavo.
Martin. ¡Ah!
Reina. Basta pues.
Martin. (Condicion negra y fatal
de no vengar tal agravio.)
Reina. Murmuras.....? Martin, el labio
sella, ó haré por tu mal
que mientras dure tu vida,
te acuerdes de lo que alcanza
la justicia y la venganza,
en una reina ofendida.
Martin. Señora, perdon, si.....

Reina. Es vana
tu diligencia.
Martin. Ofendí.....?
Reina. Sal. Y no busques aquí
al conde Villamediana.

ESCENA VI.

La Reina.

¡Oh! ¿Tal insolencia cabe?
Gira el pensamiento en vano.
No hay duda: tiene el villano
de mi secreto la llave.
¿Habrà tormento mayor?
Y mi honor de boca en boca
correrà.....! ¡Me vuelvo loca!
Pobre honor, ¡ay! pobre honor!
Mas siento en los corredores
unos pasos..... Alguien viene:
huyamos, sí; no conviene
dar á entender mis dolores.

ESCENA VII.

Villamediana.—Quevedo.

Villamediana. Por Dios, que iba á buscaros.
Quevedo. ¡Tal fortuna!
Villamediana. En mí era honor.
Quevedo. ¿Á qué debo tal favor?
Villamediana. Mil cosas tengo que hablaros.
Quevedo. Pues, conde, empezar podeis;
que à escucharos pronto estoy.
¿Es secreto?
Villamediana. Por quien soy,
y que á nadie confiareis.
Quevedo. Pues como os dé mejor gana
aquí hablad y nada quedo.
Villamediana. Oidme, amigo Quevedo.
Quevedo. Decid, pues; Villamediana.
Villamediana. En vuestra amistad me fundo.
Quevedo. En la infancia nos unió;
y yo juraria, que nó
hay quien mas se ame en el mundo.

Villamediana. Los pesares y alegrias
espansiones, confianza
necesitan.
Quevedo. Esperanza:
las vuestras son tambien mias.
¿Qué os sucede?
Villamediana. Sufro mucho.
Quevedo. ¿Qué os aqueja?
Villamediana. Pena es grave.
Quevedo. ¡La siente el que no la sabe?
Villamediana. Si os la digo..... .
Quevedo. Yo la escucho.
¡Quizá algun lance de honor.....
Villamediana. Al honor tiene sujeto.
Quevedo. ¿Os sirvo en ello?
Villamediana. En efeto.
Quevedo. Contad conmigo.
Villamediana. Mayor
placer no tuviera en ello.
Quevedo. ¿Qué aventura?.,....
Villamediana. Es muy pesada,
Quevedo. Pues ved si es larga mi espada.
Villamediana. No me sirve, y vais á vello.
Antes bien quisiera yo
sacar la que me clavaron,
sus dolores me mataron;
que honda herida me dejó.
Quevedo. Se juega vida por vida
si tan de honor es el caso
y en el alma cierra acaso
una herida la otra herida.
Y pues decis que el honor
entra en ello.....
Villamediana. ¡Oh! Él me ata.
Quevedo. Matadlo.
Villamediana. Qué, si me mata.
Quevedo. ¿Con qué armas?
Villamediana. Con amor.
Quevedo. ¿Con amor?
Villamediana. Sí, que estoy loco.
Quevedo. ¿Amais pues?
Villamediana. Con devaneo.
Mas, à tan grande deseo,
es mi corazon muy poco.
Quevedo. Jà..... já.....¿vos enamorado.....
¿Y vuestra filosofía?
Villamediana. No os riais de la agonía

de un pecho tan desgraciado.

Quevedo. Pero, tal es vuestra dama
que no os puede asi querer?
¿Quiere?

Villamediana. Más corresponder
no puede.

Quevedo. ¿Cómo se llama?

Villamediana. ¡Oh!.....

Quevedo. Es secreto su nombre.

Villamediano. En la corte se respeta.

Quevedo. Y á vuestro labio sujeta
su honor.

Villamediana. ¡Oh¡ sí; no os asombre.

Quevedo. Mas decis, que esa muger,
que debera ser muy bella,
no os puede.....

Villamediana. Quiere mi estrella
que no me pueda querer.

Quevedo. Monja fué?

Villamediana. Jamas.

Quevedo. Pues luego
es casada.

Villamediana. Y desgraciada.

Quevedo. ¿Y os dá su amor?

Villamediana. Su mirada
me dá amores, me dá fuego
en mis ojos, si sus ojos
miro estasiado un momento,
que encienden mi pensamiento
con su mirar sin enojos.
Fuego en el alma, que incita
à perder la dulce calma,
ardiendo en deseos el alma
que en torno á su luz se agita.

Quevedo. ¡Bello amor!

Villamediana. Sin venturanza
Quevedo; pues tengo en él
ya horas menguadas de hiel,
ya horas de dulce esperanza.
Cuando la veo y la miro
y ella agradable me mira,
de amor creo que ella suspira,
y yo de placer suspiro.
Y con májica ilusion
aquel ¡ay! dulce, perdido,
hace soñar al sentido
y dormir al corazon,

Mas ¡ay! la adversa fortuna
burla pronto mi deseo,
y las ilusiones veo
deslizar una tras una.
Loco me vuelvo, Quevedo!
En mi dolor, confiaros
quisiera.....

Quevedo. Fé.

Villamediana. ....Voy à hablaros,
mas silencio y oidme quedo.
Ya os dije, que era mi dama
muy bella y de noble porte,
que la respeta la corte;
y os callé como se llama.
Es ella muger casada:
y aunque yo soltero estoy,
yo, muy desgraciado soy,
que es ella muy desgraciada.
Que es un ángel la muger,
y es muy feliz su mision,
si al fin haya un corazon
digno para su querer.
Y ella en la tierra al amar
mal su pasion fomentó,
«Ama» dijéronla; amó
y fué llevada al altar.
Un hombre en tanto, la amaba
con escondido delirio;
y en aras de igual martirio,
yo sufria, ella lloraba.
Y así un dia y otro dia,
y un mes y un año pasó,
y el corazon suspiró
su letal melancolía.
Pero, una noche. la luna
pálida luz derramaba
que en los cristales rielaba
de la tranquila laguna.
Léda el aura, de un confin
à otro confin susurrando,
venia aromas regalando
por las sombras del jardin.
Los cálices de las flores
aquella brisa aspiraban,
y los pàjaros cantaban
sus dulcísimos amores.
Y en alas de aquel ambiente

iba grato confundido,
de la tórtola el gemido
y el murmullo de la fuente.
¡Oh! allí, cual mística hada,
que entre nubes, vaporosa
se desliza misteriosa
de guirnaldas coronada;
mi bella Isabel..... pero ¡ah!

Quevedo. Seguid.

Villamediana. ¡Quevedo!....

Quevedo. Seguid.

Villamediana. Que es un secreto advertid.

Quevedo. Es la reina: bien està.
Una tumba serà el pecho
de cuanto aquí me digais.

Villamediana. Gracias os doy.

Quevedo. Que sigais
os ruego.

Villamediana. Aunque á despecho
suyo, que su propio honor,
y deber la sujetaba,
mis amores escuchaba
con mal reprimido amor.
Allí mi pasion primera
yo le revelé, y allí
la dije lo que sentí,
viéndola tan hechicera.
Allí mis cuitas y enojos
mis labios le declararon;
y las lágrimas brotaron
de sus bellísimos ojos.
Y en brazos de esa esperanza
que inspira en la noche pura
de aquel jardin la espesura,
sin temores de mudanza;
dulces palabras de amor
entrambos allí cambiando
entonce estàbamos, cuando
de sorpresa y de terror
nos llenó una carcajada
fuerte é irônica; volví
el rostro, mas requerí
mi espada, y.....

Quevedo. ¿Nada?

Villamediana. Nada.
Nadie en el jardin hallé;
y esto me tiene en cuidado.

Quevedo. No temais, conde, á un malvado
no hay que temer.
Villamediana. ¡Oh! sí à fé,
Quevedo. Y no es cosa estraña;
que de la traicion el mal
siempre por suerte fatal
sordo mina, oculto daña.
Quevedo. Nada vale vuestro amigo;
si valgo para vos algo,
cuanto soy y cuanto valgo
vuestro es; contad conmigo.
Villamediana. Gracias Quevedo.
Quevedo, Olvidad
y recelos deponed.
Villamediana. Mucho temo.
Quevedo. Cá!....
Villamediana. Mas.....
Quevedo, Ved:
llega aquí su magestad.

ESCENA VIII.

El Rey.=Despues la Reina y la Duquesa.

Rey. Aun no ha llegado. A las dos
mi esposa citar me manda,
y advirtiéndome, que es
para pedirme una gracia.
No adivino.—¿Tendrá celos?,..
No será: tengo confianza
en que ignora mis amores
con doña Isabel su dama.
Y, aunque llegase á saberlo;
¿qué me importa? Si enlazada
está mi vida á la suya,
lazo eterno que me cansa;
siendo libre el corazon,
sin voluntad no se enlaza.
Duquesa. (*A la Reina.*) Ya espera su magestad.
Rey. Puntual á vuestra cita,
mi afecto bien acredita.....
Reina. Que es mucha vuestra bondad.
Rey. Y bien, esposa, decid:
porque marchar me precisa.
Reina. ¡Oh! siempre estais tan deprisa
conmigo...!

Rey.. No tal.
Reina. Oid.
Y pues os demando gracia
ora, mi esposo y señor,
hacedle todo el favor
de que es digna, á la desgracia.
Rey. Bien, hablad.
Reina. En tierra estraña
sabeis que don Luis de Haro
gime señor sin amparo,
lejos de su amada España.
Rey, Si, mas....
Reina. A vos, confiado
que teneis buen corazon,
os demanda compasion
el infeliz desterrado.
Su buena hermana, mi bella
camarista; entristecida
mal sustenta así su vida
porque es aciaga su estrella.
Y yo que gozo en sus dichas
cual hoy padezco en sus penas,
quiero romper las cadenas
que aprisionan sus desdichas.
Rey. Siento el apenaros hoy,
esposa, pero no sé
si su libertad podré
darle, siendo lo que soy.
Reina. ¿Quién os lo impide?
Rey. La ley.
Reina. ¿Es delito de tal suerte?
Rey. Tal, que mereció la muerte;
mas fué muy noble su rey.
Hay pruebas de una traicion
que contra mí proyectára;
gracias que se sofocàra
à tiempo la rebelion.
Y os lo repito, señora,
es un asunto de agravio;
no me atrevo á que mi labio
por él interceda ahora.
Pues ya el gobierno le dió
muy generoso el castigo,
viva en paz, lejos. Su amigo
me llamaba, y me engañó.
Reina. ¿Pero, estais vos satisfecho
de que esa traicion es cierta?

Rey. Cómo!
Reina. Tal vez fuese íncierta
suposicion el tal hecho.
Y mucho siento, por Dios,
que un ministro infiel, ínnoble,
Rey. ¿Qué decis?
Reina. Pervierta el noble
corazon que teneis vos.
Siento que hipócrita os venda
ese afecto y esa ley;
y siento que seáis un rey
que à los buenos desatienda.
Rey. Callad esposa.
Reina. Sí, sí.
Callaré; mas ved que estoy
muy mal con ser lo que soy,
cuando vos no haceis por mí.
Callaré sí, por mi daño,
con llanto del alma mia;
¡ay! puede ser que algun dia
lloreis vos un desengaño.
Rey. Já!.....já....! Estais demente ahora.
Descansad: que Dios os guarde.
Reina. ¿Y, de don Luis?
Rey. Que no aguarde. (*váse.*)

ESCENA IX.

La Reina.—La Duquesa.

Duquesa, ¡Ay, cuanto siento, señora.....
Reina. ¡Ya para su afecto es tarde!
Han ganado su pasion
hartas caricias compradas.....
Los ecos de mi afliccion,
de su torpe corazon
solo arrancan carcajadas!
Duquesa. ¡Ay, Dios!
Reina. Déjame llorar,
que en mi pena, es un tesoro
ver las lágrimas brotar;
que si consuelo el pesar
tiene, le consuela el lloro.
Duquesa. Pero, reparad, señora,
que venir pueden, y veros.
Reina. ¿Es delincuente quien llora?

Duquesa. Una reina se desdora
así ante sus caballeros.
¡Oh! venid, venid.
Reina. ¿A dónde?
Duquesa. Dó quiera, menos aquí;
porque oigo pasos, sí, sí;
mirad, señora, el buen conde
Villamediana està ahí.
Reina. ¡Ah!
Duquesa. Vamos.
Reina. ¡Dios mio! ¡Dios mio!

ESCENA X.

VILLAMEDIANA.—DESPUES DOÑA ISABEL DE GUZMAN.

Villamediana. Se và. ¡Llorando se vá!
¡Cielos!... ¿Por qué llorarà?
Si me vió, ¿no fué un desvio?...
Isabel. ¡Aquí el Conde!
Villamediana. ¡Ah! señora....
Isabel. (¡De ella hablaba!)
Villamediana. (Sí ella fué.)
Isabel. (¿Qué diré?...)
Villamediana (¿Qué la diré?...)
Isabel. (Le detesto.)
Villamediana. (Ella me adora.)
Isabel. (¡Oh! se apura mi paciencia.)
Villamediana. (Yo quisiera disculparme.)
Isabel. (Ni se acuerda.)
Villamediana. (Mas, si amarme...
vuelve, entonces...)
Isabel. (Qué imprudencia.)
Señor Conde.
Villamediana. Isabel bella....
Isabel. Dispensad.....
Villamediana. Disimulad....
fué.....
Isabel. Si.....
Villamediana La fatalidad.
Isabel. (O mi desgracia.)
Villamediana. (O mi estrella.)
Isabel. Basta, Conde. Solo fué
justicia, no desventura.
Un castigo a mi locura
que dióme el cielo, sí à fé.

Villamediana. Castigo á vos? No lo creo:
si decís que una leccion
fué....

Isabel. Por vuestra confesion?...

Villamediana. Por mi imprudencia.

Isabel. Ya veo,
y á mi enojo os esponeis.

Villamediana. Nunca temí vuestro enojo.

Isabel. Pues sabed que por mi antojo
como me plazca os vereis.

Villamediana. ¡Me amenaza!....

Isabel. Me despecho!
Que, no sabeis señor conde
cuánta venganza se esconde
para vos, dentro mi pecho?

Villamediana. No creyera que era asi.

Isabel. Pues bien, tenedlo entendido:
Y que mi seno está herido;
y que he de vengarme, sí.

Villamediana. Pero decidme, señora.
¿Qué ofensa os hice, ó qué agravio;
que autorice vuestro lábio...
...Vamos estais vengadora!...

Isabel. Vos ignorais por ventura,
cual arrastra una pasion
cuando no hay satisfaccion
y solo en ella amargura.
¿No comprendeis los enojos
de buscar ojos amados
y hallarlos siempre clavados
con amor en otros ojos?
Pues si de amor los desvelos
mal se ocultan, ¿quién podrá,
quién, ó conde, ocultará
el infierno de los celos?...

Villamediana. ¿Vos celosa?

Isabel. Celos, sí,
porque ferviente os amaba,
y al mismo tiempo pensaba
que vos me amábais á mí,
—«Tengo celos; que es tener
contradicciones tan raras,»—
que me digo; si reparas,
—«los celos vienen á ser;
miedo por lo que aventuran,
veneno por lo que ofenden.
envidia por lo que pierden,

incendio por lo que apuran.«
«Tengo un veneno en el pecho,
cuya odiosa confeccion
es rabia del corazon
y parasismo del pecho.»—
Porque al llegar un momento,
tan feliz cual suspirado,
¡Ah!... nunca hubiera llegado!
Ahogasteis vos mi contento.
Porque, al escribiros yo
aquella cita, pensasteis
que era la...

Villamediana. (*Queriendo interrumpirla*)—Chist...!

Isabel. ...Os engañasteis.
Pero... (*Con amargura*) Yo me engañé. ¡Oh!..
(*Despecho.*) No dejaré en el olvido
desengaño tan cruel,
que causara, el—«Isabel»
firmarme, sin apellido.
Mas tampoco olvidaré
para vengarme algun dia,
vuestra indiferencia impía
al amor que yo os juré.

Villamediana. Basta ya! Yo en nada aprecio
vuestros enojos, señora.
¿Quereis venganza? En buen hora,
vengaos pues: yo, os desprecio.

Isabel. ¡Oh! ¿Tamaño insulto à mí?

Villamediana. Otro mayor mereciera,
la que habla de tal manera.

Isabel. Ya vereis... (*Amenazandole.*)

Villamediana. Ya bien os ví.

Isabel. Tengo de vuestro secreto
la llave.

Villamediana. ...Será de ley.

Isabel. ¿Y la reina?... (*Con intencion y sarcasmo.*)

Villamediana. (¡Oh!) ¿Y el rey?... (*id*)
Adios!

Isabel. ¡Venganza os prometo!

ESCENA XI.

ISABEL.—EL REY.

Isabel. ¡Ah! El Rey.

Rey. Isabel mia,
¿Qué os aqueja?

Isabel. ...Nada.
Rey. ¡Oh!
al entrar me pareció
llorábais.
Isabel. Nada sentia.
Rey. Mas vale que me engañara;
pero en vuestra faz advierto,
que si ese llanto no es cierto,
cualquiera lo imaginara.
Isabel. ¡Oh señor! El llanto mio,
cuando es mi pena sencilla,
rueda así por la mejilla
y aleja el dolor sombrio.
Pero cuando concentrada
siento una triste afliccion,
llora y sufre el corazon,
y es su cuita reservada.
Aunque no llorase, á fé
que bien pudiera llorar.
Rey. ¿Pues qué sentis?
Isabel. Un pesar...
(¿Cómo ocultarlo podré?)
Señor...
Rey. Decidme, Isabel,
vuestras penas; angel puro;
que yo remediaros juro
ese tormento cruel.
¿No sabeis que por momentos
pienso en vos, por vos deliro,
que es para vos mi suspiro,
que vuestros son mis contentos?
Pues si no os basta mi amor
y no alcanza à consolaros,
decid cómo he de apartaros
de vuestro pecho el dolor.
Isabel. ¡Ah señor!
Rey. Isabel mia;
habladme!
Isabel (*finjiendo enojos.*) Viviera en calma
si no os adorase mi alma
con tan ciega idolatría.
Rey. ¡Por Dios, que.....
Isabel. ¡Oh, señor!
Que por lo mismo que os quiero,
mostraros debo primero
la causa de mi dolor.
Me amais: lo sé. Mas no puedo

lanzar una idea enojosa
de mi mente. ¡Es tan hermosa
la reina!

Rey. No os lo concedo.

Isabel. Pues al ser bella, y esposa
vuestra; ved cual sentirá
mi corazon.

Rey. ¡Oh! ¡Quizà
sois, como bella celosa.....?

Isabel. Prueba de cariño es;
y ademas, tambien lo siento
porque tengo un pensamiento,
y por vos tomo interes.

Rey. Si no me esplicais la idea.....
De todos modos, calmar
os podeis, pues alejar
pienso à mi esposa.

Isabel. Bien sea;
pero debeis de entender,
que si le falta el amor
vuestro, no tendrà dolor:
otro, la puede querer.....

Rey. Ninguno osará en España
poner sus ojos en ella.
¡Muy triste seria la estrella
del que escitàra mi saña!
Por otra parte, su amor
no es lo que siento perder;
que en tal caso, defender
solo tratàra mi honor.

Isabel. (No me atrevo.....)

Rey. Pero, qué!
no tratemos mas de eso;
(Asiéndola una mano.)
dejad que le imprima un beso
prueba de mi eterna fé.
Y juradme, Isabel mia,
que este amor eternamente
vivirá en mi dulcemente.

Isabel. Os lo juro.

Rey. ¡Oh, feliz dia!

ESCENA XII.

DICHOS Y MARTIN.

Martin. Dispense su magestad,
pero hablarle me precisa.
Rey. ¿Qué asuntos.....
Martin. Asuntos graves.
Rey. ¿Mucho me atañen?
Martin. Estriva
en ello, señor, mi calma,
y la vuestra; aunque os la quita.
Rey. ¡Oh!.... Mi hechicera Isabel.....
Isabel. ¿Qué teneis? ¡Ah! ¿qué noticia
señor, Martin os ha dado?
Estais pàlido.
Rey. Venía.....
Pero no es nada.—Quisiera
me dispensárais, querida
doña Isabel, si un momento
me ausento de vos.
Isabel. (Vendria
á revelar..... ¡qué sospecha!)
¡Oh! no hay por qué. Tambien iba
à el oratorio yo ahora
con la reina. Este dia
señor, estoy de servicio;
asi que á su lado iba.
Rey. Un ángel sois, Isabel.
Martin. (Buenos ángeles os guian.)
Isabel. Y vos un rey muy galante.
Rey. Cuántas gracías reunídas
pueden darse, en vuestro rostro
divina Isabel, se pintan.
Isabel. ¡Sed mas ingénuo, señor.
Rey. Sed mas cariñosa, esquiva
doña Isabel.
Isabel Con el cielo
quedad.
Rey. Él sea vuestro guia.

ESCENA XIII.

El Rey.—Martin.

Rey. Habla pues, Martin; que hoy
me tienes bien disgustado.
¡Buena cuenta de tí has dado!
Contigo muy mal estoy.
Martin. Yo, señor.....
Rey. ¡Qué puntual
à mi servicio te tengo.....!
Martin. Cuando os diga à lo que vengo
vereis que no obro tan mal,
Rey. Anoche.....
Martin. Anoche, señor.....
Rey. Habla. Por vida de Cristo!
Martin. En los jardines he visto
de la luna al resplandor
una escena.....
Rey. Qué!
Martin. De hiel
vuestro pecho va á llenar.
Rey. Dí.
Martin. En dulce coloquio estar.....
Rey. ¿Á quién?
Martin. Á doña Isabel.
Rey. Observa lo que..... Martin,
tus labios diciendo estan.
Martin. La verdad; con un galan
tuvo cita en el jardin.
Rey. ¿Fué mi Isabel?
Martin. Sí señor.
Rey. (¡Cielos!..... Mas, ¿serà verdad?)
Tiembla ante la magestad,
si es lo que dices error.
(Será un sueño tanta mengua?....)
Martin, ¿qué mas sabes? dí.
Martin. Por estos ojos la ví:
no os miente, señor, mi lengua.
Era ella, doña Isabel,
la que entre cuitas y lloro
decia, «¡os amo, os adoro!»
Rey. Pero, él.... ¿quién era él....?
Martin. El conde Villamediana.
Rey. ¿El conde fué?
Martin. Sí.

Rey. ....¡Infelice!
¡Tanto como por él hice,
así en pagarme se afana!
¡Oh! mugeres engañosas....!!
sí.... por eso la traidora
me fingió celos ahora
con palabras amorosas.
Oye, Martin. Al momento
tú, con el conde, esta noche
haràs volver en un coche
á Isabel á su convento.
Martin. Señor.....
Rey. Pague así el engaño
que amorosa me vendió.
Ya que un engaño me dió
no me dé otro desengaño.
Martin. Pero observad.....
Rey. Ya me enfada
tu voz. Pero, pronto dí;
porque te advierto que aquí
juegas la cabeza en nada.
Martin. Mis ideas, señor, no estan
bien, ni vos las comprendiera;
la doña Isabel, no era
doña Isabel de Guzman.
Rey. ¡Cómo! entonces.....
Martin. (Ah! no sé
como decirle....) La ví
perfectamente, y la oí;
que su voz conozco á fé.
Rey. ¿Pero qué viste?
Martin. Oí al conde
en dulcísima querella,
allí à los pies de la bella
que á su pasion corresponde.....
Perdiendo de amor el seso,
de amor al delirio insano,
ella.... dejarle una mano
abandonada. Él un beso.
Rey. ¡Oh! cruel venganza reina
ya en mi pecho! Mas, ¿quién era
ella, pues....?
Martin. Yo, os lo dijera....
mas.....
Rey. Di!
Martin. La reina.
Rey. ¡La reina!

ESCENA XIV.

EL REY.

¿Será verdad, ¡oh cielos!.... En mi mente
arde este pensamiento! Y cual agitan
las olas de la mar los aquilones,
asi en mi pecho la borrasca anima.
¿Será verdad que un corazon ingrato,
que así su nombre con mi nombre liga,
empañe el brillo de mi real decoro,
mas puro que ese sol que alumbra al dia?
Fiera há de ser al punto mi venganza
como fiero el dolor que me intimida!
Tiemblen ante mi cólera sedienta
y humillen pronto la cerviz impía;
que mi honor ofendido, ya reclama
pena sangrienta y ejemplar justicia.
.....Cuál hipócrita y falsa me engañaba.....:
y cuan pura yó ¡ay triste! la creia.....!
Mas ¡ah! que eran mentidas sus virtudes
y mentira su cándida sonrisa:
falso el amor tranquilo de su pecho
y ¡oh desengaño!.... su dolor mentira!
Apenas puedo concebir que el conde....
¡Bien Olivares sospechólo un dia!....
¡Ah! Pronto el rayo de mi justa saña
haré sentir sobre su frente indigna!

ESCENA XV.

EL REY.—LA DUQUESA.—DOÑA ISABEL.

Rey. Duquesa, duquesa!
Duquesa. ¿Qué quereis, señor?
Rey. Responded al punto.
Duquesa. Me inspirais temor!
Rey. Temiendo à mi enojo
contestad veloz.
Del palacio, anoche,
ardiendo de amor,
muy fiel á la cita
que un galan la dió,
incógnita dama
al jardin bajo.
Muy bella, aseguran

que es la tal; un sol:
y aunque largo manto
su rostro veló,
por su mal, su amante
no se recató:
le vendió su nombre,
le vendió su voz:
Dama de la córte
la tal en cuestion
es; y aún aseguran
que, cerca de vos
está siempre ella....

Isabel. (¡Martin me vendió!)

Duquesa. (¡Dios mio! la reina!...
¿quién la descubrió?)

El rey. (Se turba parece.)

Isabel. (Me falta valor!)

Duquesa. Sobrada confianza
teneis, vos, señor,
de quien en serviros
hoy fundan su honor.

El rey. Mi honor amancillan.

Isabel. (¡Cielos!)

Duquesa. (Se clavó.)

El rey. Y Villamediana,
que es el amador,
muy caro, y en breve,
pagará su error.
Pero vos, señora,
en esta ocasion
callais....

Duquesa. ¿Qué deciros
podré yo, señor?

El rey. La reina.... (Me vendo.)
vá siempre con vos,
y las dos....

Duquesa. Anoche,
Isabel, por Dios,
no dejàsteis veros
en la reunion.

Isabel. (Yo muero.)

Duquesa. (Se turba..)

El rey. Os veo à las dos
confusas. ¿Qué os pasa?

Duquesa. Señor....

Isabel. ¡Ah, señor!

El rey. Isabel! ¡señora!

Isabel. Perdon.

Duquesa. (¡Ah!..)
El rey. ¿Perdon?
Duquesa. (Estamos salvados.)
El rey. ¿Pues quién os culpó?
Isabel. Mi amor, mi desgracia,
que tal mereció.
El rey. Vos fuísteis...? Ingrata,
....os desprecio!
Isabel. ¡Oh!...
El rey. Salid.—¡Oh, Dios mio!
gracias por mi honor!...
no en vano, dudaba;
Martin, se engañó.
Mi esposa, culpable....
No pudo ser, nó.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Gabinete de la Reina.—Un balcon grande, con flores, en el fondo.—A la derecha dos puertas; la primera dá á las habitaciones de la Reina: la segunda, cubierta por una cortina, á la alcoba real.—A la izquierda otras dos: una, en primer término, que conduce al esterior; otra en segundo, y que dá entrada á un pasadizo secreto.—Sillones de la època.—Una mesa con tapete: un candelabro.

ESCENA I.

La Reina.—Doña Isabel.—Doña Leonor y Doña Matilde.

(Todas aparecen sentadas bordando una banda.)

Reina. Cuanto me duele Leonor
la tenacidad del rey.
Pero ¿qué quieres, si es ley
y cree ofendido su honor?
El tiempo, que le haga ver
espero, tales engaños,
y reparará los daños
que don Luis pueda tener.
De mi parte, contestarle
puedes; y dile que espero
verle siempre un caballero:
y así yo podré salvarle.

Leonor. Gracias, señora. En el mundo
padece el que es inocente.

Reina. Sí, Leonor. Mas ¿qué viviente
no vió ese dolor profundo?
Empero tengamos fé,
tranquilidad de conciencia
y esperanza en la clemencia
de un Dios que todo lo vé:
Pero, basta amigas mias
de bordar por hoy: mañana
seguiremos. Soberana

vá, y aun quedan muchos dias.
Qué feliz será el galan
que venciendo en el torneo,
gane este hermoso trofeo
que bordamos con afan.

Isabel. Y si, cual espero, es
Villamediana el triunfante,
lo ofrecerá muy galante
de alguna hermosa á los pies.

Leonor. Apropósito. ¿Cual era
Matilde, el vago rumor
que decias, sobre el amor
de este conde?

Isabel. Eso es quimera!

Matilde. No tal. Mi hermano don Juan
asegura que en palacio
tiene amores y halla espacio
en ellos y ocultos van.
Todos dice, descubrir
solicitan à la dama:
llamase....

Isabel. ¿Cómo se llama?

Matilde. Si no se llegó à inquirir.

Reina. Pero, de quien se sospecha
diz vuestro hermano don Juan?

Leonor. Con una bella el galan
dice en la córte se estrecha.

Reina. ¿Tambien tu sabes....

Leonor Se dice
hasta que es dama de vos.

Isabel. Pues, por Dios, que el conde en pos
và de amor, que un mal predice.

Leonor. ¿Cómo así?

Isabel. Que es gran señora,
aseguran, esa bella:
que él la adora ciego á ella
y que ella ciega le adora.
Pues que si ciega no fuese
de amores ó de sentido,
pensara, que su marido
sí, por su mal, lo supiese.....

Reina. (¡Qué dijo!!)

Isabel. (Ten mi castigo!)
Diérale que hacer su falta.
(La ira en sus ojos se esmalta.)

Leonor. Cuentos serán.

Isabel. Veras digo.

Reina. (¡Cuàl me insulta!) Retiraos
hasta luego. (*A las damas.*)

Leonor.
Matilde. Dios os guarde.
Isabel. (*Vánse por la izquierda.*)

Reina. No, vos Isabel, quedaos.
Isabel. (Nunca la venganza es tarde.)

ESCENA II.

La Reina.—Isabel.

Reina. Quiero que aquí me espliqueis
Isabel, esas... directas,
irónicas indirectas.
Isabel. Señora....
Reina. Quiero que hableis:
y que hableis claro, muy claro.
¡Tu mal juzgo que te labras!
Isabel. Esplicaré las palabras
de doña Leonor de Haro.
Reina. Dejad á doña Leonor.
Isabel. La conversacion fué de ella.
Reina. «Dà aquí en palacio, una bella,
á Villamediana amor».....
Isabel. Y es indudable señora.
Reina. Serás tú Isabel.
Isabel. Quizá
no sea yo.
Reina. ¿Quién ser podrá?
Isabel. Pues qué, en palacio no mora
otra dama?
Reina. Ciertamente.
Mas advierte que al poeta,
una Isabel....
Isabel. ¿Quién sujeta
de los poetas la mente?
Como à Isabel á Leonor
y à Làura y á Margarita,
todo poeta recita
una balada de amor.
Reina. Ella es bella.
Isabel. Todas son
para sus versos divinas,
todas flores peregrinas
de su amante corazon.

Ademas que otra Isabel
hay en la córte; y por Dios
que si soy bella, en las dos
no me escojiera el doncel.

Reina. ¿Otra Isabel?.... ¡Ah! No en vano,
tus ironías comprendí.
¿Juzgar à la esposa así
del rey, de su soberano!!
Isabel, y ¿os atreveis
á creerlo? ¿En mi presencia
à decirlo? Esa imprudencia
pagar muy caro podeis.

Isabel. Señora, de boca en boca,
sin que el rumor nadie corte,
corre en la corte.

Reina. La corte
si tal murmura està loca.
¿Yo un amante? ¿Yo un galan?
¿Yo un corazon como el vuestro?

Isabel. ¿A mí, Reina, tal denuesto?

Reina. ¿A mí, muger, tal desman?

Isabel. (¡Que callar me haga la ley!...

Reina. ¿Sufrir yo tal deshonor
de quien su impúdico amor
osa declarar al rey?

Isabel. Señora.

Reina. ¡Callad!

Isabel. Señora,
al conde amais vos!

Reina. ¡Tal mengua!

Isabel. Díjolo el conde.

Reina. ¿Su lengua
asi mi honra desdora?

Isabel. Vos fuísteis en el jardin
quien con él la cita tuvo.

Reina. Y vos con el rey.

Isabel. No estuvo.

Reina. Pues bien, sabedlo por fin.
Le amo, sí; mas yo le amo
con la pureza del bien.

Isabel. Y yo le adoro tambien
al Rey, que mi amor le llamo.

Reina. ¿Tú, Isabel? ¡Oh! Isabel
¿Estàs loca? Dí, ¿qué hablando
estás, que vas infiltrando
en mi pecho tanta hiel....!
¿Sabes, muger insensata,

lo que hoy contigo he de hacer?

Isabel. Es de él, no vuestro, el poder.

Reina. El, si yo quiero, te mata.

Isabel. No tal vez.

Reina. Por Dios que sí.
Pero, aquí, ¿Quién sois?

Isabel. Quién reina.

Reina. ¡Mentira! Aquí soy la Reina
yo sola.

Isabel. Aquí, mas no allí.

Reina. Por los cielos, que he de hacer
¡no hay á mi venganza espacio!
que arrastren por mi palacio
tu dignidad de muger....!!
(*Váse la reina por la derecha.*)

ESCENA III.

Doña Isabel de Guzman.

¡Desventurado dia
que amor el alma con afan sintiera!...
¡Qué prendas tan amargas, alma mia,
has recibido en tu pasion primera!!
Cuan abundantes làgrimas brotaron
del tríste corazon, donde perdida
su ilusion mas hermosa ¡ay! germinaron
los recuerdos sombrios
de esa sin esperanza, infeliz vida!
Sueño de amor, bien desleal, y cuanto
dolor me cuestas y angustioso llanto
¡Ay pobres ojos mios!

ESCENA IV.

Isabel: Leonor y Matilde que salen bromeando asidas del brazo de Quevedo.

Matilde. Don Francisco.

Quevedo. Quieta niña.

Leonor. Oid, Quevedo.

Matilde. Quevedo!

Quevedo. Quedo niñas; quedo, quedo.

Matilde. Oid.

Quevedo. ¿Os riño?
Leonor. ¡Qué riña!
Quevedo. ¿Cómo aquí doña Isabel?
Leonor. (Triste está.)
Isabel. (Alegres están.)
Quevedo. ¿Qué tiene la de Guzman?
Isabel ¡Oh! nada, Quevedo.—¿Y el
Rey, le habeis visto?
Quevedo. Ahora
en su cámara le dejo.
Isabel. ¿Qué hace?
Quevedo. Creo que en consejo
está ahora mismo, señora.
Leonor. Pero estais triste mi amiga.
Isabel. No es nada.
Matilde. Si, bien se advierte.
Vereis cómo nos divierte
don Francisco.
Quevedo. ¡Que enemiga!
Matilde. Nada.
Leonor. Unos versos
Matilde. Si, si.
Quevedo. Pero, niñas!
Matilde. No hay escusas.
Quevedo. Pero, ¿y las musas?
Matilde. Las musas
Leonor. Siempre las teneis aquí.
(*Señalando á la frente.*)
Quevedo. Sois los diablillos con faldas.
Matilde. Lo que vos querrais seremos.
Leonor. Veamos.
Matilde. Veamos.
Quevedo. Veremos.
¿Tigereteo?
Leonor. Hay espaldas.
Quevedo. Pues oidme una por una;
y por claro que me esplique,
vive Dios, no se me pique
ni se me turbe ninguna.
Leonor. Bien.
Matilde, Bien.
Quevedo. Y á vos, ¿tambien formo
versos, doña Isabel?
Isabel. Forme.
Quevedo. ¿De amor?
Isabel. Segun y conforme.
Quevedo. ¿En secreto?

Isabel. Me conformo.
Quevedo. (*Acercándose á doña Leonor.*)
Sois de la córte, Leonor,
la mas hermosa doncella;
por que al par que sois muy bella
guardais muy bello el honor.
Pero sabed que el rumor
corre, que en amor sois loca;
y el rumor no se equivoca,
pues de amantes y pasion
os notan gran variacion.
....No intento enojaros,
mas, quiero mostraros
cual es mi opinion.

———

Matilde. ¿Qué os ha dicho?
Quevedo. Nada.
Leonor. Nada.
Isabel. Ora á mi?..
Quevedo. ¡Chit! Punto en boca.
A doña Matilde toca.
Isabel. ¿Y la mia?
Quevedo. Yá está pensada.
(*Se acerca al oido de Matilde.*)
Deciros que hermosa esteis,
no es original ni nuevo,
y hacienda y honor me atrevo
á apostar que lo sabeis.
Pero remediar debeis
noble Matilde, un defeto
que os hace de burla objeto.
Diz que el orgullo es pasion
que os domina el corazon...!
No intento enojaros,
mas quiero mostraros
cual es mi opinion.

———

Leonor. ¿Y à vos, que os dijo?
Quevedo. Tampoco
os lo dirà.
Isabel. ¿Por qué nó?
Quevedo. Ni vos los vuestros.
Isabel. ¿Ni yo?
Veamos.
Quevedo. Oid.
Matilde. ¡Está loco!
Quevedo. (*Acercándose á Isabel.*)

No es culpable el que murmura
aunque razon nunca tiene,
como es culpable quien viene
á demostrar su locura.
Ha de daros amargura
eterna en vuestra conciencia,
el prestar correspondencia
à la impúdica pasion
de cierto.... noble baron.
No intento enojaros,
mas quiero mostraros
cual es mi opinion.

———

Isabel. (Me habeis, Quevedo, ofendido.)
Quevedo. (Perdonad; mas lo que he dicho
es copia esacta de un dicho
que por la córte ha corrido.)
Matilde. Y vos ¿no decís.... (*A Isabel.*)
Isabel. No, digo....
(Y lo habeis oido ¿á quién?)
Quevedo. (Os lo digo, en vuestro bien,
y á Dios pongo por testigo.)
Pero ¿cómo tan calladas,
quedais, las lindas doncellas?
Mas por Dios que estais mas bellas
despues de yá confesadas.
Y yà no quiero dejaros
despues de la confesion,
sin predicar un sermon;
que bien podrá aprovecharos.
Leonor. Sí, sí; pero no al oido.
Matilde. De otra suerte no lo escucho.
Quevedo. ¿Pues no os há agradado?
Isabel. Mucho
Quevedo. Gratitud me habreis debido.
Leonor. Quién, á tales galanteos
no es grata?.. Por mí lo digo.
Matilde. Muy galante fué conmigo.
Quevedo. Cual con todas.
Isabel. ¡Yo lo creo!
Quevedo. Mis amigas, atencion.

ESCENA V.

DICHOS.—VERGEL Y HURTADO.

(Aparecen retenidos en la puerta derecha hasta que se indica.)

Vergel. Vá á improvisar.
Hurtado. Sí.
Vergel. Oigamos,
mas, es tan crítico.... vamos
temo á su improvisacion.
Quevedo. «¡Que haya pàjaro que el vuelo
remonte tan atrevido,
que ignore lo que ha subido
sin temer caer al suelo;
cosa es de su condicion.
Mas que exista un racional
que suba y suba, y no vea
que hay quien le vé y quien desea
derrocarle en su ambicion....
¿Es inocencia, ó razon
alzarse y ambicionar....
Isabel. Quevedo, no murmurar....
Quevedo. Pues, punto en boca: ¡chiton!

—

«Que haya dama, que se tiene
por bella y por recatada,
que con faz ruborizada
su pureza ella sostiene,
no me causa admiracion.
Mas que de muy noble porte,
con la hidalguía por ley,
desde el mas bajo hasta el rey
diga que le hace la córte;
llena de satisfaccion,
¿Es inocencia, ó razon,
la razon de así pensar?
Matilde. Quevedo, no murmurar.....
Quevedo. Pues punto en boca: ¡chiton!

—

«Que haya nécio, que sin nombre
de pila, y mal engendrado;
gaste, por verse medrado,
un lujo que al mundo asombre,
no me llama la atencion.

Mas que afectado infamara
un Mendoza así llamado,
por lo que tiene de Hurtado;
ó que orgulloso, Guevara,
se firme, cuando es ladron.....
¿Hay fatuidad ó razon
en esto de aparentar?

Leonor. Quevedo.....

Quevedo. No murmurar,
Sí, ya entiendo.

Todas. Pues chiton!

Vergel. *(Adelantandose con Hurtado.)*
Muy bien. ¡Bravísimo!

Hurtado. ¡Brabo!

Quevedo. Amigos!

Vergel. Siempre entre ellas.

Quevedo. Que, ¿no os agradan las bellas?

Vergel. Mucho. Mas, soy de una esclavo.

Quevedo. No importa. El galantear
es precision cortesana.

Vergel. Mas no quiero que mañana
vaya mi esposa á imitar
la moda..... Que hay gustos malos
que dan muy buenos disgustos;
y en este ramo de gustos
los hay que merecen palos.

Hurtado. Vergel tiene la esperiencia
en asunto semejante.

Vergel. ¿Pero cómo tan distante
de la hermosura, la ciencia?

Quevedo. Es verdad.

Isabel. Tambien nosotras
hablamos de asuntos nuestros.

Quevedo. Nosotros de asuntos vuestros.

Leonor. Estareis pensando en otras.
(Se coloca cada uno de los caballeros junto á cada una de las damas)

Vergel. Siempre os tuve yo aficion *(A Isabel.)*

Quevedo. Fué consejo; no regaño. *(A Leonor.)*

Hurtado. Os amo, sí; no os engaño. *(A Matilde.)*

Isabel. Gracias.

Leonor. Gracias.

Matilde. ¡Qué pasion!

Vergel. Quevedo, dá algun consejo,
apuesto, à doña Leonor.
Hurtado, trata de amor;
mirad que lindo cortejo!

Quevedo. Veis el contraste que forma
Vergel con doña Isabel?
Hurtado. ¡Cómo se afana Vergel
por lucir galas y forma!!
Isabel. Ya viene la reina. Vamos
á nuestro aposento.
Quevedo. Sí,
¡Siempre triste! Vedla allí.
Hurtado. Marchemos tales estamos.
(*Quevedo dá el brazo á doña Leonor. Los demás lo imitan y con sus respectivas parejas vánse por la izquierda.*)

ESCENA VI.

La Reina que sale por la derecha.

Gracias ¡oh cielos! que en la dulce calma
me dejan ya entregada, en mi retiro,
donde grata espansion goza mi alma
y al aire puedo dar libre un suspiro.
¡Oh! que amarga es la vida encadenada
á un trono de temores y cuidados.....
Y siempre objeto ser de una mirada
que vele aun los secretos reservados!
Reina.... ¡Pobre Isabel!... Cuantas criaturas
envidiarán tu brillo y tu grandeza,
porque ignoran quizà las amarguras
que te siguen dó quier. ¡Pobre riqueza!
Ya la duquesa esperarà que el conde
llegue, para guiarle ante mi vista.
¿Mas que temor mi corazon esconde
porque se vá acercando esta entrevista?
No debo presentir males algunos.
De ese secreto pasadizo, solo
el rey tiene otra llave; de importunos
libre estoy; y el monarca ya olvidólo.

ESCENA VII.

La Reina. La Duquesa y Villamediana.

Villamediana. (*Dentro.*) Dó me llevais?
Duquesa. (*Idem.*) Por aquí.

Reina. ¡Oh! Escucho la voz del conde.
Villamediana. Duquesa.
Duquesa. Callad.
Villamediana. ¿A dónde
me llevais?
Duquesa. Detrás de mí.
(La reina abriendo la puerta secreta.)
Reina. Es el conde!
Duquesa. Sí, señora.
Reina. Gracias, duquesa.
Villamediana. ¡Ah! Isabel.....
(La reina hace una señal á la duquesa; y esta se retira.)

ESCENA VIII.

La Reina.—Villamediana.

Reina. Recibísteis mi papel?
Villamediana. Y aquí me hallais sin demora.
Mas ¿qué os pasa? En el semblante
cierta agitacion se nota.....
Reina. Del alma, la faz, denota
cuanto sufre palpitante.
¡Ay conde! Yo os he llamado
para una nueva funesta
daros hoy. Harto me cuesta!
que harto tambien la he llorado.
Villamediana. ¡Vos llorar doña Isabel!
Reina. El dolor mi llanto agota,
que he de libar gota á gota
del triste mundo la hiel.
Es preciso que mañana
partais de Madrid.
Villamediana. Señora!
Reina. Preciso.
Villamediana. Mas ved....
Reina. Ni una hora
mas, estad; Villamediana.
Todo mi esposo lo sabe;
Martín nos vió y ya vendido
de él estareis; suerte ha sido
yo de ahí tener la llave.
Por ella y por la duquesa
conde, hasta aquí habeis llegado.

Partid: partid, desdichado.

Villamediana. ¿Y es esa la suerte?....

Reina. Esa.
Sí, buen Conde sí, y yo espero
que vuestro modo de obrar
aquí sea cual de esperar
se debe en un caballero.
Vuestros nobles sentimientos
el no arrepentirme haràn.

Villamediana. ¡Ah señora! ¡Qué me estàn
diciendo vuestros acentos!
De prudencia y de nobleza
¿Para qué me hablais ahora,
si à vuestro lado, señora,
se trastorna mi cabeza?
Si arrobado en mi ilusion
perdiendo al punto la calma,
solo amor hay en mi alma,
y amor en mi corazon!

Reina. Levantaos!...

Villamediana. ¡Oh!

Reina. Partid;
la reina, conde, os lo manda.
Doble accion en mi nefanda
seria escucharos. Vivid
de mi corte retirado
dó no me veais ni os vea,
y todo el bien que os desea
vuestra reina, os sea otorgado.

Villamediana. Gracias, señora.... Yo sí
que hoy apuro hasta las heces
la copa de hiel; mil veces
morir quisiera!... ¡Ay de mí!
Bien es que tal vez razon
tengais. A un insensato
perdonad; que en su arrebato
perdiéraos con su pasion.
Mas que mi dicha, ecsigid
vuestro bien à un caballero;
lo primero es lo primero.
Vivid mi reina; vivíd.

Reina. ¡Piedad, conde!

Villamediana. Adios, señora.
Rota la esperanza mia,
¿qué me resta?

Reina. ¿Quién diría
que la dicha encantadora

habia tan breve de ser
para nosotros?....

Villamediana. ¡Muy breve....

Reina. ¿Quién à alargarla se atreve?
¡Triste recuerdo de ayer!...

Villamediana. Esas son las espansiones
de hoy, en dolorosa calma;
los recuerdos en el alma
de perdidas ilusiones.
¡Que fueron las esquisitas
horas de paz y de amores!

Reina. Conde, desdichadas flores
por su mal pronto marchitas!

Villamediana. ¡Cuán breve pasa el placer....
Y los tormentos amargos,
¡qué largos ¡ay! ¡qué largos!...

Reina. ¿Y esa paz no ha de volver?....

Villamediana. Si volverá, descuidad:
no mas oireis mis gemidos,
darà el pecho sus latidos
llorando en la soledad.
Y, esta es la dulce ilusion
que el amor creara en mí,
cuando os ví, cuando sentí
que os amaba el corazon?
¿Y esta la bella esperanza
que en la luz de vuestros ojos,
viera brillar sin enojos
en dia de mas venturanza?..
Y este el pago que recibe
señora, quien tanto amó
quién tan ciego os adoró
que si alienta por vos vivé?
¡Ah! Comprendo que fué yerro
del corazon así amar.
¿Mas podreis su amor borrar
con la pena del destierro?

Reina. ¿Y vuestra vida?

Villamediana. ¡Mi vida....

Reina. Sí, vuestra vida que es corta
permaneciendo.

Villamediana. Qué importa!
si me es tan aborrecida.
La vida sin vuestro amor
es del laud el concierto
en el seno del desierto:
es sin esencia una f[illegible].

Reina. ¡Ay! olvidad, olvidad.
Villamediana. ¡Qué olvide, señora!
Reina. Si.
Villamediana. Que obedeciera no ví
amor á la voluntad.
«Los remedios del olvido
no los conocí jamás,
que siempre he querido mas
lo que olvidar he querido.
¡Que os olvide....! Trance fuerte
para el alma dolorida;
cuando es vuestro amor mi vida,
y es el desamor mi muerte.
Ah! que no me amais comprendo.
Cuando «os amo» me decia
vuestro lábio, me mentía.
Reina. Conde
Villamediana. Ahora os voy conociendo.
Reina. Ojalá que no os hubiera
amado cual os amé.
Villamediana. ¿Dó está, señora, la fé
de aquella pasion primera?
Reina. Aquí conde, aquí en mi pecho;
en él nació y en él vive;
y en pago hoy de vos recibe
un agravío.
Villamediana. De despecho.
Que nuestros amantes lazos
hoy rompeis.
Reina. ¡Ah! Compasion
tened de mi corazon
que el dolor hace pedazos.
Olvidadme. Así la suerte
lo quiso, sin otro medio.
Si conde, sí, no hay remedio;
ó vuestro olvido ó la muerte.
Villamediano. La muerte, la muerte.....
Reina. ¡Ay Dios!
Sí, que este augurio ya zúmba
en mi oido. Hay una tumba
quizás abierta à los dos.
Villamediana. Olvidaros.... ¡Imposible!
Hacedlo vos si podeis,
en mí vencer no espereis
esta pasion invencible.
Reina. Pero conde por piedad,
mirad al menos por mí.

Villamediana. Por vos.... ¡Ah! ¿Y quién, aquí
osára à la magestad....?
Reina. Quien puede.
Villamediana. ¿Y quién puede?
Reina. ¡Oh!
Puede quien tiene la ley.
Villamediana. ¡Quién és!
Reina. Mi esposo.
Villamediana. ....Es el rey!
Reina. El solò, sí; que otro nó.
Sobre mí tiene un derecho
que le autoriza y le obliga
à hacer que su esposa siga
el juramento que há hecho.
Suya ser le prometí
al pié del sagrado altar,
jurando su honor guardar
cuando su mano le dí.
Villamediana. Y él los suyos ¿los cumplió?
Reina. Conde, no es mio ese desvelo.
Esa cuenta él dará al cielo
de si los cumpliera ó nó.
Villamediana. Amaros y protejeros
tambien él juró en la tierra;
à los deberes que encierra
faltó, que hoyó los primeros.
Perjuro su corazon
brindando á otro codicioso
dejó vuestro amor hermoso
á merced de otra pasion.
Yo os ví bella y desdichada
y por vos me interesé,
llorábais y yo os amé,
quizà os creí enamorada.
Si tal merced me compete,
¡ah! ese derecho es mio!
Vuestra vida. .. ¡Desvarío!
¡Ay, de quien no la respete!
Reina. ¡Ah! me estais martirizando.
Villamediana. Martirizando, y me amais....
Reina. Huid de aquí, que me estais
el corazon traspasando.
¡Por siempre alejaos, sí, sí.
Villamediana. Señora.....
Reina. ¡Fuerzas, Dios mio!
Villamediana. Vuestro amor ese, un desvio....
Lo que me amais ¡Ay de mi!

¡Mentira! Fueron delicias
de una mente que delira.
Vuestro amor fué una mentira!
Mentira, vuestras caricias!

Reina. ¡Dios mio!

Villamediana. En la eternidad
ya nos veremos los dos.
Señora, adios.

Reina. Conde, adios.

ESCENA IX.

DICHOS, LA DUQUESA—POCO DESPUES EL REY.

Duquesa. (*Llamando á la puerta secreta.*)
Abrid, abrid por piedad.

Reina. (¡La duquesa!) (*Abriendo.*)

Duquesa. Estoy sin vida.
El rey.

Reina. ¿El rey? Huid, conde.

Villamediana. ¿Por dónde?

Reina. Ocultaos.

Villamediana. ¿En dónde?
(*Se acerca á la puerta de la izquierda.*)
¡Cerrada...!

Reina. Ah! estoy perdida.

Duquesa. Se acerca.

Villamediana. ¡Oh! sí; calmaos.
(*Vá á arrojarse por el balcon.*)

Reina. ¡Conde!! Justicia divina!
.... Venid; tras de la cortina
de mi lecho, ahí ocultaos.
(*Villamediana entra en la alcoba de la Reina, corriendo despues la cortina. Al entrar el rey, sale la duquesa.*)

ESCENA X.

DICHOS Y EL REY.

Rey. Dais permiso, esposa mia!

Reina. Entrad señor. (¡Yo fallezco!)

Rey. Estrañareis este dia
mi visita; mas confia
mi alma en vos.....

Reina. Os lo agradezco.
Rey. Porque sois de la bondad
manantial inagotable;
y porque olvidais.....
Reina. Callad.
Rey. Mi dureza y mi crueldad.
Reina. Venís como nunca amable.
Rey. Mas, por qué, estais agitada?
Reina. No..... (Me vende mi temor.)
Rey. ¡Oh! si os sentís fatigada
me ausento.
Reina. No siento nada.....
Muy galante estais, señor.
Rey. Y vos Isabel querida
estais, por Dios, mas hermosa
que nunca os hallé en la vida,
aunque os miro resentida,
y con motivo enojosa.
Reina. Jamàs enjendró mi pecho
tal sentimiento, señor.
Rey. Aunque entre penas deshecho
ha gemido con despecho,
ya os juro fieldad y amor.
Reina. Gracias, señor; mas á fé
que jamás os mostrè enojos.
Rey. Pero aunque no lo aprecié,
¡ay! recuerdo que observé
triste llanto en vuestros ojos.
Yo, señora, embebecido
vagué por el ancho mundo
cual pobre vagel perdido
en un mar desconocido
sin temores al profundo.
Y olvidado de mi bien,
loco, en brazos del delirio,
del mundo apuré el desden;
y al par ceñí a vuestra sien
la corona del martirio.
Pero, cuántos desengaños
costó á mi pecho inocente
esos traidores engaños
que dá el mundo, y que los años
los evitan solamente!
En acelerado vuelo
và el hombre tras su pasion,
y si al fin descorre el velo
mira con gran desconsuelo

que es mentira su ilusion.
Y entónces triste al volver
la mirada á lo pasado
con el recuerdo de ayer,
llega bien à comprender
los bienes que ha despreciado.
Por eso ante vos rendido
vengo esposa con deseos....

Reina. Y bien.

Rey. Que ya arrepentido,
señora, perdon os pido
de mis locos debaneos.

Villamediana. (¡Hipócrita! ¡Nécio rey!....)

Rey. ¿Me amais?

Reina. Señor.....

Rey. Os lo ruego!....

Reina. Si vuestra súplica es ley
en toda la hispana grey,
¿No os he de amar?

Villamediana. (¡De ira ciego!)

Rey. ¡Ah! no pronuncieis por Dios
duras frases de ironía!
Perdonadme, esposa, vos,
ora que estamos los dos.
Vuelva á su antigua alegría
vuestro amante corazon;
y si el mio el perdon alcanza
de mi ofensiva pasion,
renazca en vos la ilusion.
Cual torna á mi la esperanza.

Villamediana. (¡Cielos!)

Reina. (Mal ¡ay! aparento
la amante apacible calma.)

Rey Isabel mia, un acento
de amor y de sentimiento.
¿No me amais.?

(La situacion de la reina no puede ser mas embarazosa. ¿Cómo responder á los galanteos de su marido? ¿Cómo escusarlos? ¿De qué manera olvidar que el conde estaba allí, que oia y presenciaba?)

Reina. Vuestra es mi alma.

Rey. ¡Oh! gracias. *(Estrachándo entre sus manos las de la reina.)*

Villamediana. (¡Ah del furor!)

Rey. Juro, seros, siempre fiel.

Villamediana. (Infame!)

Reina. Harto dolor
me dió vuestro desamor.
Rey. ¿Me amais?
Reina. Felipe.....
Rey. ¡Isabel!
Villamediana. ¡Oh!.... (*Mírase mover levemente la cortina.*)
Reina. ¡Ah! (¡Me pierde! infelice!)
(*Las fuerzas le abandonan; cree llegado el instante de verse vendida y esa persuacion le amenaza de privarle el sentido.*)
Rey. Isabel!... (*Al verla desmayada*)
Villamediana. (Mas no tolero
que á mi vista....)
Reina. ¡Ay! (Yo muero!)
(*Defallecida ecsala un suspiro, articula esas palabras, y deja caer con la languidez del desmayo hijo del dolor, su cabeza sobre el respaldo del sillon.*)
Rey. ¡Estais mala! (Nada dice.)
Duquesa, venid. No espero,
solo de llevarla cuido
à su lecho. (*Tomándola en los brazos.*)
Villamediana. Vil mudanza,
Que has trocado mi esperanza!
(*Villamediuna, en ese momento crítico, de verse descubierto, y cuando tras de su perdicion arrastra la honra de la señora á quien ama, de una reina; como único medio, desesperado y atrevido por cierto, de salir de situacion tan amarga, emprende la fuga hácia la puerta secreta, tratando de recatar su rostro en el embozo de su capa con una mano mientras con la otra desenvaina la espada, derriba el candelabro y huye.*
Rey. Traicion. ¡Oh! ¡Luz!
Villamediana. (La he perdido.)
Rey. ¡Venganza! ¡Cielos! ¡Venganza!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Gabinete del Rey. Puerta al fondo: balcones á la derecha; en el mismo lienzo una puerta y otra á la izquierda en igual termino.

ESCENA I.

La Duquesa.—Quevedo.

Quevedo. (*Entrando.*) Dios guarde à la de Olivares.
Duquesa. Y al vate ilustre Quevedo.
Quevedo. ¿Cómo es que tan sola os hallo?
Duquesa. ¿Cómo es que tan solo os veo?
Quevedo. ¿Cuándo no?
Duquesa. Tan rodeado
vais siempre de caballeros,
que si mas jóvenes fueran
pareceríais un maestro.
Siempre con versos y sàtiras,
siempre con intriga ó cuento,
en fin, sois la animacion
de la corte.
Quevedo. ¿Sí?
Duquesa. Si, pero
me figuro que perdeis
en tales cosas el tiempo;
porque con Vergel y Hurtado
solo se aprende á ser necio.
Quevedo. Pues, me figuro, Duquesa,
que no os disgusta el primero.
Duquesa. ¿Quién, Vergel? algunas veces
con él la sàtira empleo.
Pero como en este mundo
hay tan diversos efectos
y tan diversa tambien
nuestra comprension tenemos,
cuando de él me burlo, crée

que le adulo ó le requiebro.

Quevedo. Cosas del mundo, Duquesa.

Duquesa. Sí; cosas de pasatiempo.

Quevedo. Verdad: nunca està demas
algun galante mancebo,
para no estar desairada....

Duquesa. ¡Qué cosas teneis, Quevedo'.....
¿Y el buen conde vuestro amigo?

Quevedo. En este salon le espero.

Duquesa. ¿Le habeis visto?

Quevedo. Esta mañana;
y me dijo por mas cierto
que os dijera, si os veia,
que tiene grandes deseos
de hablaros, buena duquesa,

Duquesa. Y yo, Quevedo, los tengo.

Quevedo. ¿Y su Magestad?

Duquesa. ¿La Reina?

Quevedo. ¿Sigue bien?

Duquesa. ¡Ah! sí.

Quevedo. Me alegro.

Duquesa. Mas apesar de tener
de hablarle tales anhelos,
de buena gana en palacio
no le viera en mucho tiempo.

Quevedo. ¿Cómo tal?

Duquesa. Sabedlo, sí,
pues sois su amigo, en secreto.
La vida del noble conde
peligra en mortales riesgos;
y si vos podeis hacer
con avisos y consejos,
que no pise estos lugares
lo menos en algun tiempo;
que marche fuera ó se aleje
siempre de este lugar regio,
Quevedo, le dais la vida,
sino, le matais Quevedo.

Quevedo. Señora, quién mas que yo
quisiera para él lo bueno
que cual un hermano soy
y cual un hijo le quiero.
Mas no sabeis ¡ay Duquesa!
que es tenaz el rapazuelo?

Duquesa. ¿El que de amor flechas tira?

Quevedo. El que.... ya nos comprendemos.

Duquesa. Pues bien don Francisco, haced

por todo posible medio
que no se obstine; que pende
su muerte ya de su empeño.
El Rey, se dice, que ya
lo sospecha; y que en secreto
vela por su honor; ya veis
que yo sin culpa padezco
tambien, si el rey lo descubre,
cual cómplice del secreto.

Quevedo. Bien duquesa, descuidad,
que haré por él los esfuerzos
mayores que sean posibles.

Duquesa. Confio en vos: guàrdeos el cielo.

ESCENA II.

QUEVEDO DESPUES VILLAMEDIANA.

Quevedo. Cuán triste es el corazon
que de amor avasallado,
corre, sin ver desdichado
do le arrastra su pasion.

Villamediana. Desdichas, suerte fatal.

Quevedo. Malas nuevas?

Villamediana. Malas, sí.
Está visto, me guia aquí
tan solo el genio del mal.

Quevedo. ¿Y qué pensais?

Villamediana. Qué he de hacer
si aquí mi suerte es hoy esa!
Y decid; á la duquesa
lográsteis, Quevedo, ver?

Quevedo. La vi buen conde, y conmigo
conviene en que os retireis
de la córte, do esponeis
la vida; á fé de un amigo.

Villamediana. ¿La reina en en su enfermedad
está grave?

Quevedo. Sí, está grave.
Y todo el mundo aquí sabe
por qué es esa gravedad.
Es fatal, Villamediana,
como vos amais amar
y al fin tener que olvidar;
porque ¿Y el dia de mañana?...

Villamediana. ¿Y podrá acaso morir
en mi pecho esta pasion?....

acaso será ocasion
Quevedo, para partir?

Quevedo. Anoche.....

Villamediana. Anoche!.....

Quevedo. Acaeció.
ya lo sabreis.

Villamediana. Sí, lo sé.

Quevedo. En la cámara real fué
donde un hombre se ocultó.
La reina y él se asegura
que un delito cometieron.
Ella adúltera.

Villamediana. ¡Mintieron!

Quevedo. Mal vasallo él.

Villamediana. ¡Impostura!

Quevedo. Tales voces corren hoy
por la corte.

Villamediana. Pues es mengua.

Quevedo. Id á cortarles la lengua.

Villamediana. Las cortaria por quien soy.
Que anoche en la estancia real
entró un hombre, cierto fué.
Con la Reina habló; si à fé:
pero es ese hombre un leal.
Que á su magestad la amó,
cierto; de su vida el foco
era; mas era amor loco,
y él así su amor calló.
Del caballero la ley
el caballero aprendió;
ni la Reina al Rey faltó,
ni él amancilló á su Rey.

Quevedo. Sin embargo, no estais libre
de que hablen.....

Villamediana. No me acobardo.
Quevedo, no será el dardo
que solo la envidia vibre.

Quevedo. Y si se diera ocasion
que lanzado un dardo fuerte,
amigo conde, de muerte
os hiriese el corazon.....

Villamediana. Vos, Quevedo, sois mi amigo....

Quevedo. Si yo sospecha tuviera
que lo dudais, me ofendiera.
Mas y si algun enemigo...
Que aunque hay quien aseguró
que el galan al escapar

huvo la luz de apagar,
¿no habrà alguno que le vió?

Villamediana. Trató de ocultar la faz
hasta salir de palacio.

Quevedo. Conde, recordad despacio,
que el traidor siempre es sagáz.
Si alguno os vió, que de veros
tuvo precision, buen conde
no le vísteis; mano esconde,
que asesina sus aceros.
Oh! volveos à vuestra casa;
dejad, amigo, este espacio;
conde, olvidad el palacio
que os dà pesares sin tasa.

Villamediana. ¡Que me vaya! ¡que me vaya!...
¿Creeis que en aparente calma,
aquí fátigada el alma
con la razon no batalla?

Quevedo. Vuestros dolores comprendo.

Villamediana. Mis dolores! Mis dolores...
Quevedo, estos sinsabores
yo que los estoy sufriendo!
Yo, que en pos de una pasion,
al tocar su bienandanza,
veo perdida la esperanza
de mi pobre corazon.
Yo con delirante amar,
que de amor bebí el aliento,
y que hoy miro por el viento
mis ilusiones rodar!
Recuerdos en mi memoria
solo; lágrimas en tanto
en mis ojos... Es el llanto
por melancólica historia!

Quevedo. Conformidad.

Villamediana, Harto fuerte.

Quevedo. Y huid.

Villamediana. Es vana quimera.

Quevedo. Aqui la muerte os espera.

Villamediana. No me intimida la muerte.
Pero hoy he de verla, sí,
no puedo vivir si verla:
¡Oh sí! que quiero ofrecerla
mi *último suspiro* aquí.

Quevedo. ¡Estais loco! Enferma está
y aquí no puede volver.

Villamediana. Sus ojos me habràn de ver:
mi «adios» ella escuchará.

Quevedo. Por vos temo.
Villamediana. Temeis mal.
Quevedo. Recelad.....
Villamediana. ¿Temor mi pecho?
¡Oh! llegaré hasta su lecho;
pese al destino fatal.
¡Ella! su amor fué mi vida:
con él la vida era corta;
hoy sin ella ¿qué me importa
la existencia aborrecida?
Y tal vez mi muerte sea
para la reina un consuelo.
En delirante desvelo
tal vez mi muerte desea.
¡Ah! sí; morir es mejor
que ver llorar á sus ojos;
que una existencia de enojos
arrastrar y de dolor!
Quevedo. (¡Infeliz!)
Villamediana. (¡Cuàn desgraciada!)
Quevedo. Podeis, Conde, hallar un medio.
Villamediana. No hay remedio, no hay remedio.
Leonor. ¿Y nada os detiene?
Villamediana. Nada.
Quevedo. Mucho lo siento.
Villamediana. Por vos,
Quevedo, tambien lo siento.
Quevedo, Pues ¿cómo?
Villamediana. De vos me ausento.
Quevedo. Hasta....
Villamediana. Nunca. ¡Adios!
Quevedo. Adios.

ESCENA III.

DICHOS.—MARTIN.

Martin. ¡Buen tropiezo!
(*Entrando se dá con Villamediana.*)
Villamediana. Quite allá.
Martin. Cortés sois.
Villamediana. Pues ¡vive Cristo!
Martin. ¿No me vísteis?
Villamediana. No os he visto.
Quevedo. Solo mi amigo, no irá.
(*Sale tras el Conde por el fondo.*)

ESCENA IV.

MARTIN.

Andad, el galanteador
feliz y orgulloso amante.
Andad crítico incesante.
cuatro-ojos, murmurador.
Yo sabrè quemar tus alas
mariposa que en redor
vas del caliz de la flór
para agostarle sus galas.
Y de tí tambien en tanto
vengaré, zumbon, agravios;
y en vez de risa, tus labios
paladearán acre llanto!....
¡Ah!.... (*Viendo al Rey.*)

ESCENA V.

EL REY.—MARTIN.

El rey. ¿Me buscabas?
Martin. ¡Señor!....
El rey. Hoy ardiendo siento el pecho. (*Se sienta.*)
Dudo.... Vacilo.... Sospecho....
Martin, ¡qué noche de horror!....
Martin. ¿Qué os pasa?
El rey. ¡Oh! No sé quien!
pero un hombre...
Martin. Yo....
El rey. Si ignoras,
no me preguntes. ¡Qué horas!
Déjame ya solo.—Y bien,
á qué me buscabas, dí?
Martin. Diz que anoche, un embozado
huyó de vos recatado.
El rey. Sí: no pude.....
Martin. Yo le ví.
El rey. ¿Le viste?.... Díme al momento
quién era, quién es! Responde.
¿Le viste bien?.
Martin. Yo ví al Conde;
mas atended á mi cuento.

El rey. ¡El Conde!....
Martin. Oidme, señor:
Anoche à las once ó mas
ví salir....
El rey. ¿Acabaràs?
Martin. Un bulto del corredor.
Tras sí al cerrar la mampara
le ví correr agitado,
lívido, que mal su grado
descubria el viento su cara.
La espada envainar le ví
y sorprendido quedé.
El rey. ¿Y era el Conde?
Martin. Por mi fé;
que muy bien le conocí.
El rey. Vé Martin, que si no es
pierdes mañana tu vida.
Martin. Señor, aunque me es querida
la teneis siempre à los pies.
Y creedme sin enojos,
no se equivoca Martin;
cuál la noche del jardin,
ayer le vieron mis ojos.
Rey. ¡Ah! es cierto! fué tambien ella!
Ya veo aclararse mi duda.
Será mi veuganza ruda,
que así lo quiso su estrella.
Voy á pedirte un favor,
Martín.-Gozas mi real gracia,
te saqué de la desgracia,
te dí riquezas y honor.
Martin. Sí.
Rey. Despues, de aquella muerte
te libré, que cometiste....
Martin. Oh! sí.
Rey. A mi sombra estuviste.
Pues hoy tengo que deberte.
Martin. Mandad; mi brazo y mi vida
dispuestos teneis al punto.
Rey. Hoy á tus servicios, junto
lo que has de hacer en mi egida.
La pureza de mi honor
me reclama un sacrificio:
y este es el grande servicio
que te exije mi favor.
Un hombre osado y aleve,
sin temor á Dios ni à ley,

dó sus ojos pone el Rey
él á ponerlos se atreve.
¿Qué merece el que se allana
tanto á cometer?

Martin. La muerte.

Rey. Severo me place el verte.
Ese hombre es Villamediana.
Y pues me ofreces tu brazo,
yo salgo siempre por tí.

Martin. ¿Quereis que le mate?

Rey. Sí.
Mas preparemos el lazo. *(Pansa.)*
Un billete te daré
de una dama. ¿Oyes Martin?
Ella en él, para el jardin
le citará; y.....

Martin. Yo iré.

Rey. Piensa....

Martin. Señor, descansad;
que està su muerte segura.

Rey. Cuida bien de su bravura.

Martin. Le mataré. Descuidad. *(vase)*

ESCENA VI.

El rey.—Despues la duquesa.

Rey. Justo premio es el que alcanza
por su devaneo insensato.
¡Que ingrato ha sido!... ¡Que ingrato!
¡Oh! cuan dulce es la venganza!

Duquesa. Que el cielo os guarde, señor.

Rey. Venid duquesa en buen hora.
¿Cómo está vuestra señora?

Duquesa. Hoy, á Dios gracias, mejor.
La noche estuvo fatal;
mas repuesta del desmayo,
ya poca gravedad hayo
en su repentino mal.
Bien es verdad que su pecho
sufre tanto noche y dia....

Rey. Aun mi pena es mas sombría:
y decid; ¿dó està?

Duquesa. En su lecho.

Rey. Bien; despues, con precision
tengo que hablarla un momento.

Duquesa. No le deis un sentimiento
á su enfermo corazon.
Rey. Pues aunque quizàs lo sienta,
tengo que reconvenirla.
«Adios» tengo que decirla
y tal vez quede contenta.
Mas no será de igual suerte
un anuncio al noticiarle.
Quiero, sabed, convidarle
à que presencie una muerte.
A vos sola, ya que vos
debeis saber sus errores.....
Duquesa. Ignoro.....
Rey No: Los amores...
Duquesa. No sé....
Rey. Juntas vais las dos.
Duquesa. Señor, os juro, que nada
se dé cuanto me decis.
Rey. Pues bien, duquesa; ya oís
que una sentencia està dada.
Duquesa. (¡Cielos! que dice?)
Rey. Os lo digo
no para que lo digais;
solo para que sepais
que tengo un mal enemigo.
Y que ¡ay de aquel! que á su rey
ofenda, aunque ofenda en vano,
que sobre él, tarde ó temprano
caerà el rayo de la ley.
¿Comprendeis?....
Duquesa. (¡Tiemblo!..)
Rey. Este aviso.....
Duquesa. Es muy justo...
Rey. Pues cuidàos
en adelante y guardàos.
Duquesa. Señor... Con vuestro permiso.

ESCENA VII.

EL REY.—LA REINA.

Rey. Para darle cita al conde,
haré que ella en un papel
ponga tan solo: «Isabel»
que á mi objeto ya responde. (*Toma un papel.*)

Pasaré á verla; ó que firme
mandaré lo que deseo.
Despues yo estiendo... ¡Qué veo!
Ella. Debo reprimirme.
(*La reina viene sin reparar en él, que se queda retirado hasta cuando lo indica el diálogo.*)

Reina. De mi triste aposento
quiero dejar la sombra aterradora:
Aquí feliz me siento
porque respiro ahora
el aura de la flor que eleva el viento.
¡Qué noche de desvelos!....

Rey. (Mucho me desvelàra la venganza)

Reina. Ya los dulces consuelos,
ya toda mi esperanza
me quita la justicia de los cielos!....
Y ese mundo atrevido,
parece que me lanza una mirada
de despreciable olvido.....
Ya resuena en mi oido
su irónica y amarga carcajada!....

Rey. (No me atrevo á decirla....)

Reina. Ya resignada estoy!

Rey. (Ya debo hablarla.)
Señora.

Reina. ¡Ah!....

Rey. De oirla
cansado, à descubrirla
vengo mi cruel dolor y á demandarla.
Sentàos en buen hora,
y escuchadme, Isabel, que es cuanto quiero.

Reina. Decid, señor.

Rey. Señora,
hais de saber primero,
que es el honor un bien que mi alma adora.
El siempre fué la estrella
cuya luz alumbràra mi camino:
y por eso mi huella
nobleza de contino
brota al influjo de su lumbre bella.
Cada sentido tiene
una secreta puerta por do sale;
nunca el que se và, viene;
y mas el honor vale
que riquezas y vida, y mas conviene.

Reina. Pero....

Rey. Y sabreis, señora,

que es la muger alcázar misterioso
donde plácido mora
el honor de su esposo,
que es él bien mas sublime que atesora.

Reina. Sí, pero....

Rey. Y cuando mira
el hombre, que es su honor amancillado,
el mas villano tira
su escudo; y deshonrado
solo desprecio para el mundo inspira.

Reina. Mas ved....

Rey. Y sabed luego
que à este daño un remedio solo hay fuerte.

Reina. Que me escucheis os ruego.

Rey. Que el remedio es la muerte.

Reina. ¡Cielos!....

Rey. Callad.

Reina. Mas ya....

Rey. ¡De ira me ciego!
No quiero la disculpa
mentirosa escuchar de vuestro làbio.
Bien el que observa es sàbio,
si la nefanda culpa
mira en el rostro que le causa agravio.

Reina. Señor, piedad imploro. (*Llorando*)
Oidme.

Rey. Cesad, muger débil é ingrata.
¿Dó està vuestro decoro
puro, que no rescata
el que vertís de la verguenza lloro?

Reina. Meditad los errores
Felipe, por piedad, que os desesperan.

Rey. No siento mis dolores;
y aunque mi seno hieran,
primero es atender á mis honores.

Reina. (¡Ah cielos! sí, ya sabe
quien es.) Enferma estoy.

Rey. Ya lo he sabido:
mas es demanda grave
y ni puedo en olvido
dejarla, ni mas tiempo en mí ya cabe.
¿Y negareis, acaso,
lo que yo mismo he visto con mis ojos?

Reina. Pues creedme; fué un acaso
tan triste el que os dà enojos....
Ageno de mi culpa...

Rey. ¡Estraño caso!

Y decidme, ¿Qué os daba
ese villano amor que el mal pregona?
¿Mas que os amé os amaba?
¿Os brindó una corona?....
Decid, qué, pues, vuestra razon robaba?
Ese hombre, ¿por ventura
es mas noble que yo, ó esa mundana
y torpe desventura
solo Villamediana
pudo en vos seducir.... ¡Negra amargura!

(*Asiéndola con firmeza.*)

¿Por quién fué conducido
al nupcial aposento en mi palacio?
Responded.

Reina. No he sabido.....

Rey. !Mentís! Por vos.

Reina. No he sido!

Rey. No he de encontrar à mi venganza espacio.
Esposa infiel! No siento
una ilusion al corazon robarle;
mi honor es mi tormento.

Reina. ¿No podeis desterrarle?....

Rey. Mayor será el castigo: así lo intento.

Reina. (Asi salvarle puedo.)
¡Oh! desterradle vos en nombre mio.

Rey. Y al fin, si os lo concedo,
satisfecho ya quedó?....
¿Le bastara à mi agravio? ¡Oh desvario!
Ha de ser su castigo,
sabedlo, muy cruel: mi airado encono
satisfacer me obligo;
de la plaza hasta el trono
do quier de mi baldon miro un testigo.
Y este dolor sangriento,
crece en mi pecho al recordar que el nombre
que llevé puro, siento
manchado por un hombre,
y en mis abuelos fijo el pensamiento.
Ellos, puro cual oro
me le dejaron á llevarle puro;
y por mi real decoro,
vengarlo, oh reina, juro;
que mi nombre y mi honor son mi tesoro.
Y pues débil me muestra
vuestro carácter lo que habeis vertido,
la separacion nuestra

ordeno, y el olvido.
(*Mostrándole un papel.*)
Aquí, señora, aquí la firma vuestra.
Quiero que desterrado
vaya por vos. Firmad.

Reina. (Oh!...) Bien, pues sea.

Rey. (La estenderé.)

Reina. Calmado,
señor, por siempre os vea.

Rey. Adios.

Reina. Adios.

Rey. (*Saliendo.*) (Su muerte ella ha firmado.)

ESCENA VIII.

La Reina.—despues un Page.

Reina. Ya su destierro he firmado;
sí, no estoy arrepentida
por el mal que le he causado,
que está mejor separado,
y así salvaré su vida.
¿Cabrá en el Rey compasion
ó una mentira será?....
Iras implacables son
esas!..... ¿Dudas, corazon?
(*Un Page se presenta.*)
¡Ola, el page! (Qué traerá?....)

Page. Una dama que recata
su faz bajo un negro velo,
á vuestra magestad trata
de hablar. Suspiros desata
su pecho de triste duelo.

Reina. ¿Una dama?

Page. Pregunté
su nombre, mas no le dió;
«calla y anúnciame» fué
lo que dijo; mas no sé
qué nombre y rostro ocultó.

Reina. Hazla entrar.

Page. (*Desde la puerta.*) Pasad, señora.
(*Saluda y vase.*)

ESCENA IX.

La Reina.—Doña Isabel de Guznan.

Isabel. Yo soy una desgraciada
muger, que perdon implora.
Reina. Alzaos; hablad descuidada.
Isabel. Gracias.
Reina. (Tambien esta llora.)
Isabel. La víctima de un dolor
que lágrimas dà á los ojos
y al corazon desamor,
teme causaros enojos.
Reina. No temais, aun es mayor
por vos mi interes ahora.
Hablad; recobrad la calma.
Isabel. Ah! qué buena sois, señora!
Reina. Siempre, hija mia, al que llora
le compadeció mi alma.
Isabel. Yo, apenas la luz del bien
mi frente tibia bañó,
triste làgrima mi sien
al par de la luz, tambien
perezosa humedeció.
Quedé sin padre en el mundo;
sola, sola con mi queja,
con ese vacío profundo
que al dejar el suelo inmundo
el amor paterno deja.
La vida, en vano, un contento
ya para mí poseia;
y al fin sepultar intento
en solitario convento
mi triste melancolia.
Allí en el claustro, mi lloro
halló por fin un consuelo
en las salmódias del coro,
en la oracion, el tesoro
del que ama al Dios de ese cielo.
Allí mi pena halló fin,
de un confin á otro confin
del jardin embebecida,
era el jardin de la vida
mi delicioso jardin.
El y el clautro eran mi encanto:
el altar, la flor, mi gloria:

en la celda dulce llanto
consagraba à la memoria
del madero sacrosanto.
Y de la tarde al ambiente,
cuando ya el sol sepultaba
su disco de oro fulgente
tras los montes de Occidente
y yo á mi jardin bajaba;
por sus calles verdorosas
alegre y feliz paseaba.
¡Horas aquellas dichosas..!
Allí cortaba las rosas
que en el altar colocaba.
Fué un sueño, sí; como un sueño
huyó esa edad para mí.
Desde entónces el risueño
àngel que veló mi ensueño
por mi desgracia perdí.
Las puertas del monasterio
viéronme de ellas pasar
obedeciendo á un misterio;
el sagrado presbiterio
no he vuelto mas adornar.
En vez de aquella que encanta
mansion que á la paz convida,
jardin de belleza tanta;
penetré con dócil planta
por el jardin de la vida.
La celda, que mansedumbre
respiraba; aquel espacio
tranquilo, vívida lumbre
llenó, bajo la techumbre
de arteson. era un palacio.
Y de festin en festin,
de emocion en emocion,
el placer no hallaba fin.
¡Habia olvidado el jardin
de su infancia el corazon!....
Y las rosas encendidas
que mitocado adornaron,
luego que se deshojaron,
en tristes rosas finjidas
por aquellas se trocaron.
Lanzada en el torbellino
del orgullo y los placeres
con delirante destino,
¡Cuán pronto hallé en mi camino

lágrimas y padeceres!....
Y cuanto afecto traidor
puede emponzoñar el alma
sentir nacer con ardor;
la envidia, el lujo, el amor,
eran mi dicha, mi palma.
En el baile, en los torneos,
cien galanes presurosos
alhagaban mis deseos
con mil finos galanteos;
con pensamientos hermosos.
¡Ay, señora! no os asombre
oir de la que encerrara
la celda un dia, el nombre
de un hombre, sí, de un hombre
que el corazon me robara.
¡Ah!

Reina. Seguid. Seguid.

Isabel. Pues bien;
del alma al primer albor,
él fué mi sueño; él mi bien:
él me hizo verter tambien
mi primer llanto de amor
Seguíle amando, y un dia
que me adoraba creia,
y al fomentar mi pasion,
triste ví que me mentia
mi insensato corazon.
Mi alma en su desencanto
quejidos de dolor lanza
de desgarrador quebranto;
duelo amargo, que es el llanto
de mi perdida esperanza.
A esta esperanza perdida
voy un asilo à buscar
que le devuelva la vida;
busco aquella flor querida,
busco aquel bendito altar.

Reina. ¿Pero quién eres, mujer,
que traes tan acerbo duelo
de tus memorias de ayer?
Por qué no te dejas ver
levantando el negro velo?

Isabel. ¡Miradme! (*Descubriéndose.*)

Reina. ¡Isabel!

Isabel. Yo, sí;
que vuestro perdon implora

con ardiente frenesí;
piedad, porque os ofendí.
¡Harto el corazon lo llora!...

Reina. Pero, Isabel... tú deliras!

Isabel. Falté à vuestra magestad:
yo desaté vuestras iras!

Reina. Oh! bien compasion me inspiras.

Isabel. Era una fatalidad.
Era un secreto poder
que contra vos me lanzaba
para haceros padecer:
vuestro esposo su querer
en mi puso y yo le amaba:
despues el conde llegó
á la córte: yo no sé
si vuestro afecto él logró:
mas sí, que el conde os amó
y tambien al conde amé.

Reina. ¡Isabel!...

Isabel. Por eso digo
que son justos los dolores
que arrastro siempre conmigo,
que deben ser el castigo
de mis culpables amores.
Por eso voy á espiar
tanto mal: por eso siento
la voz que me llama á orar:
por eso voy à abrazar
una regla en un convento.

Reina. Y vas con resignacion?

Isabel. Voy con el pecho ulcerado!
¡Ah! Compasion!

Reina. ¡Compasion!....
Y á mi enfermo corazon
hace poco has ultrajado!...
De los amores del conde
á hablarme te has atrevido...
No sabes lo que he sufrido?...

Isabel. Vuestro dolor no se esconde.
Yo tambien he padecido.
¿Recordais la noche aquella
que con el conde, señora,
en dulcísima querella...

Reina. ¿Qué estas diciendo?

Isabel. Aun de ella
el recuerdo me devora.
Sí, yo os veia; con afan

tambien al jardin bajé
para ver al tal galan,
y no cometí un desman;
que yo al conde allí cité.

Reina. Ah! entónces....

Isabel. Él solo vió
una Isabel que firmaba:
él amaba y asistió:
yo fuí..... mas os encontró
y que era vuestra pensaba.

Reina. Tú en tanto.....

Isabel. Triste lloré
y conocí que era en vano
tanto amor como soñé!....
El beso que en vuestra mano
dió el conde, mató mi fé.

Reina. Calla, Isabel.

Isabel. Oh! fiad:
nadie lo sabrá en el mundo.

Reina. Pero Isabel!...

Isabel. Confiad;
para un secreto profundo
mi pecho es la eternidad!
Quedaos con Dios, señora.

Reina. A mis brazos, Isabel
(*Abrazandose*) ven: llora en ellos, sí, llora.
Del dolor que te devora
tambien yo agoté la hiel.

Isabel. ¡Qué buena!... Permita el cielo
el devolveros la calma.

Reina. Y Dios te dé mas consuelo

Isabel. Señora.... (*Cubriéndose para marchar.*)

Reina. ¡Tu bien anhelo!
Adios!... (*Volviéndose á estrechar.*)

Isabel. (*Saliendo.*) ¡Reina de mi alma!

ESCENA X.

La Reina. La Duquesa.

Duquesa. Cuàntos trastornos, señora,
desde ayer.

Reina. Muchos, fatales.

Duquesa. ¡Ah! Se conjuran los males
contra nosotros ahora.

El conde ostinado en veros!

Reina. ¡Oh!

Duquesa. Quevedo le sosiega
y por su causa no llega
á vos; que hoy fuera perderos.
El Rey que se desespera
entre celos y venganza,
porque descubrir no alcanza
quien fué anoche el que saliera.

Reina. Lo sabe, por fatal suerte.

Duquesa. ¿Quién se lo dijo?

Reina. No sé,

Duquesa. ¿Pero cómo.....

Reina. Le escuché
yo misma, frases de muerte.

Duquesa. ¿Con vos habló?

Reina. Triste, sí,
ha sido nuestra entrevista.
Sabe, acusa...

Duquesa. ...¡Dios me asista!

Reina. Mas casi le convencí.
Solo quiso que firmara
sn sentencia de destierro.

Duquesa. ¿No mas?...

Reina. Castiga su yerro.
Tambieu de mí se separa.

Duquesa. Y vos,... para qué firmarlo?...

Reina. Quiso que el castigo fuera
dictado por mí.....

Duquesa. Temiera
mas crueldad al sentenciarlo.

Reina. Mas yo quisiera decir
al conde, que huya al momento;
que si desterrarle siento,
le ahorro tal vez de morir.
Que huya: que huya luego,
que temo mucho por él:
que el rey celoso y cruel
puede obrar un punto ciego.
¡Ay duquesa! Has de decir
estas palabras el conde?....

Duquesa. ¿A dónde le busco?

Reina. Adonde
quiera que pueda existir.
Yo no sé qué el corazon
presiente que me desvela.
Por Dios, duquesa, anda, vuela.

Adios! mi triste ilusion.
(*Vase por la izquierda.*)

ESCENA XI.

La Duquesa.—Despues el Rey.

Duquesa. ¿Y donde busco yo ahora
al conde? ¡Dios nos asista!...
Ay! que palacio!...
Rey. (*Entrando.*) Duquesa...,
Duquesa. ¡Ah!
Rey. La Reina marcharia
tal vez porpue yo llegaba.
Duquesa. Señor, si no os vió.—Ya iba
á retirarse à su estancia.
Rey. Pues yo en su busca venia,
porque tengo gran empeño
en cierta grave entrevista.
De consiguiente, duquesa,
podeis marchar á decirla
que à las diez en esta cámara
le dà el Rey solemne cita.
Y que siento sus dolencias,
pero que sin falta asista.

ESCENA XII.

El Rey.

Feliz me siento. La hora
de venganza se aproxima.
En vano cobardemente
aquí el corazon se agita.
Pago de deudas de honor
á la conciencia intranquila
nunca dejan; y una falta
contra lealtad cometida,
que ofende al rey y al vasallo
que la cometió, es justicia
que esa misma ley que huella
hiera su cerviz altiva.
(*Suena un reloj hasta diez campanadas.*)
Una, dos, tres, cuatro, cinco.
(Las diez son) Nueve, diez.—Mia
es ya la vida del Conde.

Y aun alterado vacila
el corazon. ¡Oh!... Que muera.
(Se asoma al balcon.)
Oscura noche; no brilla
en el cielo una luz sola.
Callada noche á fé mia.
Solo el viento que se estrella
contra el alcázar, que silva
se escucha: solo las fuentes
que blancas perlas destilan,
con murmullo melancólico
hay solo que se perciba.
Ni un «ay!» ni palabra alguna
que llegue hasta aquí perdida,
ni el quejido de un acero
que sobre otro se desliza.
¿Si no asistirá?.... Si acaso
compró la mano homicida....
Pero aquí la reina está.

ESCENA XIII.

LA REINA.—EL REY.—LA DUQUESA.

Duquesa. Valor señora, valor.
Reina. A impulsos de mi dolor
las fuerzas me falten ya.
Señor....
Rey. ¿Estais mejorada?...,
Reina. Bien poco.
Rey. ¿Y los doctores,
qué dicen?
Duquesa. Que esos dolores,...
Rey. Callad: no os pregunto nada.
Reina. Aunque la ciencia se apure
de Hipócrates, no habré calma;
las melancolias del alma
señor, ¿habrá quien las cure?
Lágrimas y soledad
remedio dan á mal tanto,
si no cura llanto á llanto,
no le hay á mi enfermedad.
Rey. ¿Tan estéril es la ciencia?
Reina. Estéril..... sí que es à fé.
Rey. Lo ignoraba.
Reina. Yo lo sé.
por una triste esperiencia.

Rey. Señora bien sabe el cielo
que esos males que os agitan
me irritan mucho.
Reina. ¿Os irritan?...
Rey. Sí: mas... tendamos un velo.
Reina. Sí, un velo corred, señor,
sobre ese negro pasado
que ya olvidar he logrado.
Rey. (No así lo olvidó mi honor.)
Pero el pesár que acongoja,
olvidado no es pesar.
Desmienteos vuestro llorar
y por lo tanto me enoja.
Reina. Señor....
Rey. Pero nada importa. (*Con ironia.*)
Desde hoy vuestras desdichas
sabré trocaros en dichas.
Vereis que vida tan corta.
Reina. Verdad que muy breves son
las horas para el placer;
mas ¡cuàn largas suelen ser
las horas de la afliccion!
Rey. Desde mañana, señora,
se abrirán nuestros salones;
y la vida, sus funciones,
os haràn encantadora.
No quiero ver vuestra pura
frente siempre inclinada;
en primavera agostada
la flor de vuestra hermosura.
No señora. Y que en verdad
que os amo quiero probaros
y voy esa prueba á daros
de mi generosidad.
Quiero ver si llega el dia
alhagàndoos tanto y tanto,
que olvideis vuestro quebranto;
que me mireis....
Reina. (Qué agonia!)
Rey. Con buenos, amigos ojos.
Dicen que à veces las glorias
hacen olvidar memorias.... (*Con sarcasmo.*)
Quiero vivais sin enojos.
Reina. Señor....
Rey. Porque vos, comprendo
que en amargas aflicciones
necesitais espansiones.

Reina. (¡Oh!....)
Rey. (Morir la estoy haciendo.)
Reina. ¡Por piedad!....
Rey. (¡Sufra!)
Reina. ¡Dios mio!
Rey. ¿No os gusta esa vida?
Reina. No.
Antes bien quisiera yo
un lugar solo y sombrio.
Rey. Fin pondríais à vuestra vida.
Reina. No, señor; mi triste llanto
calmará mi pena en tanto
que mi afliccion no sea oida.
Cuando el oscuro rincon
de la celda en un convento,
encierre mi pensamiento
y eleve mi corazon.
Donde de mi culpa el duelo
mundanal, el suelo riegue,
y à purificarme llegue,
y mi oracion suba al cielo.
Y en grato vapor unidos
se eleven con dulce calma
los suspiros de mi alma,
mis preces y mis gemidos.
Rey. Un convento..... Delirando
estais, Isabel, por Dios.
¡Vos en un convento.... ¡Vos!..
Me estoy riendo.
Reina. (Y yo ahogando.)
Rey. Olvidad, doña Isabel:
y olvidad lo del convento.
Ese negro pensamiento
que vuestra vida, cruel
corroe, yo os lo fio,
nunca os volverá à inquietar.
Reina. ¡Oh! Felipe!....
Rey. Sí, olvidar,
olvidar.
Reina. (Dios mio! Dios mio!...)
Pero.... por piedad, señor!
Rey. Decid; la conciencia misma
¿no os contesta? ¿No os abisma
cómo disfrazo el dolor?
Pues qué, ¿quizá solamente
sois vos quien sufre señora?...
vuestro pecho llora.... llora....

mas llora harto justamente.
El dolor que ahora sentís
el placer le equilibró
cuando vuestro pecho amó:
y es consuelo aunque sufrís.
Pero yo, ¿qué goce cuento
en medio de mi afliccion?...
solo desesperacion
hallo aquí en mi mal cruento.
Do quier mi vista serena
tiendo, veo un dedo inclemente.
Ese, marca vuestra frente
de ignominia; á mí de pena.
A mí de ira... Sí, Isabel,
y mi deshonra palpable
la muerte del miserable
podia.

Reina. ¡Ah!

Rey. Rogad por él.

Reina. (¡Cielos!! (*Deja caer la frente sobre sus manos.—Se oye ruido de aceros dentro.*)

Rey. Qué es esto! (*Precipitándose á la puerta*)

ESCENA XIV.

DICHOS.—QUEVEDO.

Quevedo aparece aterrado, con un papel en una mano y en la otra la espada que envaina despues de un momento.

Quevedo, Señor.....
Perdonad mi atrevimiento.
Mas hay precioso un momento,
en la vida del honor,
y à despreciarlo, va en él
el bien de toda la vida;
es pasarla aborrecida
por ahorrar un dia de hiel.

Rey. Sí, mas....

Quevedo. Vuestra Magestad
á Quevedo reconoce;
quien me conoce, conoce
mi hidalguia, mi lealtad.
Habia en la corte un Martin....
tan vil, señor, tan malvado...

Rey. Quevedo!....
Quevedo. Yo le he matado
señor, en vuestro jardin.
Rey. Pero allí.....
Quevedo. La muerte dió
al fiel, al mejor amigo.
Su enemigo, es mi enemigo:
maté al que le asesinó.
Rey. (Al fin murió: ya respiro.)
Quevedo. Ahora bien: lo que me dió
tomad, que él os lo escribió.
Rey. ¿Qué fué?
Quevedo. ¡El último suspiro!
(*Poniendo en manos del Rey el papel.*)
Rey. (*Leyendo.*) «Perdon, ¡oh Rey! para el que triste muere,
y con la sangre de la propia herida
que á la tumba le lleva, de una vida
las penas endulzar felice quiere.
Yo á la Reina la amé con pasion loca:
perdon si acaso os provoqué un despecho;
jamas, señor, lo que sintió mi pecho
la Reina oyó que pronunció mi boca.
Es inocente, sí; con torpe anhelo
yo fuí, señor, constante tras su huella,
mas su virtud es fuerte; triste y bella
señor, merece le presteis consuelo.
Sé que mis labios dan este momento
la última voz para dejar el mundo:
la palabra, señor, del moribundo
de la verdad es siempre el sacro acento.
Villamediana.»
Reina. (¡Infeliz!)
Rey. ¡Era inocente!.... ¡Isabel!....
Reina. Roguemos à Dios por él.
Quevedo. (¡Dios mio, hacedla feliz!....)

FIN DEL DRAMA.

NOTA.

Al terminar este drama, concluye tambien su autor la correccion del que con el título de **El de la Cruz de Santiago**, ha escrito ultimamente, y và à entrar en prensa.

Este drama, asímismo que el anunciado en la última página y que lleva por título EL DE LA CRUZ DE SANTIAGO, estarán de venta en Sevilla en casa de su editor Juan Moyano, calle Colcheros núm. 21.

Madrid, D. José Cuestas.--Cádiz, D. Abelardo de Cárlos.—Málaga, D. Francisco de Moya.-Córdoba, D. Antonio Matosas.—Granada D. Francisco Ventura y Sabatell.—Coruña, D. Celestino Garcia Alvarez.—Barcelona, D. Casimiro Miralles.--Zaragoza, Sra. viuda de Heredia.--Huelva, D. Josè Reyes Moreno.--Badajoz, Sra. viuda de Carrillo.

Precio de cada ejemplar, 6 rs. vn.